



FUEGO Y ESPADAS

Inspirada
en la obra de
J. R. R. Tolkien

T. J. Rymer

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Fuego y espadas

© T. J. Rymer

Agosto 2020

FUEGO Y ESPADAS

PRELUDIO

Permaneceré entre estas piedras que se derrumban solitarias como el sol sobre el horizonte cada anochecer. No moveré un músculo de esta silla apartada del mundanal ruido, de los estruendos que no hacen más que apenar mi alma hasta lograr que no sienta nada. No voy a moverme, huir a esa ciudad que todos creen su salvación. Mi cuerpo no guiará sus pasos hacia la pena que mora entre sus murallas caducas, y acabar de igual modo muerto. No..., seguiré aquí, solo, en esta posada y aguardaré al destino que tanto anhelo.

Toda esperanza reside en un único ser: un alma que no sucumbe ante nadie. No podrá salvar ya a este mundo, pero quizá pueda lograr que otro renazca de sus cenizas. Luchará hasta el último aliento. Sé que hará lo imposible por mostrar un ínfimo hilo de luz cuando todo pase a la oscuridad.

De él dependen linajes, razas, bosques, ríos... Su cometido es la esperanza; aunque el hombre esté condenado.

Las tinieblas arrasarán la tierra.

Es inevitable.

Los gritos del exterior se intensifican. La muerte se acerca nutrida del miedo y la pena que tanto anhelo.

No queda mucho.

Reposo mi cuerpo y descanso mi alma mientras espero, y los recuerdos emergen en mí como un torrente de melancolía.

Fui tanto y ahora soy tan poco...

Ástheron

—Mi comandante, en las puertas de la ciudad un hombre demanda hablar con usted. Parece un demente. Podemos echarle si lo desea.

—¿Os ha comunicado qué solicita? —pregunté al soldado que permanecía firme como una roca.

—Dice haber avistado un Nábzang en los bosques cercanos.

Una leve sonrisa se dibujó en su faz.

—¿Un Nábzang? —pregunté retórico a la vez que sorprendido.

El soldado asintió.

Parecía claro, que quien aguardaba en las murallas pervivía bajo una clara enajenación. Los Nábzang no daban señales de vida desde hacía milenios. De no ser por los relatos que ancianos y mercaderes narraban junto al calor del fuego, ni siquiera habría oído hablar de ellos. Yo mismo escuché de boca de mi abuelo una de esas historias cuando era un niño; pero al igual que hacía todo el mundo, filtré solo una leyenda. Lo que aquel loco decía haber visto resultaba del todo imposible. Aun así, la curiosidad se había presentado ya en mis adentros.

—Mándale subir.

Apenas cinco minutos tras la orden, el soldado se cuadró de nuevo acompañado por un anciano. Portaba una túnica marrón hecha añicos, sucia. Sus ojos, ensartados en una cara marchita, relucían blancos como nevisca: un hombre ciego. Aquello empezaba a parecerme una broma de mal gusto.

—Anciano... —mascullé mientras me acercaba—. ¿Cómo va usted a ver nada?

—No solo los ojos ven. —Su voz quebrada penetró en mis oídos, profunda y siniestra—. También el alma atisba entes que no requieren visión. El corazón detiene su latir, el aliento se congela mostrando blanco su camino, el alma se inquieta y el temor cruza fronteras que estimaba infranqueables. Se puede sentir cuando un Nábzang está cerca, sí; el terror no requiere percepción.

—Escóltalo a la salida —ordené molesto—. No voy a seguir escuchando tan magna sarta de mentiras.

Contemplé cómo lo retiraban a empujones mientras mi cabeza no dejaba de darle vueltas a las inviables palabras que acababa de escuchar. No eran posibles, mas ya habían sembrado el fruto del desasosiego.

Observé al anciano liberarse del brazo que le guiaba y dirigirse hacia mí. Con un gesto detuve al soldado que se abalanzaba sobre él —aunque demente, no aprecié maldad en sus inservibles ojos—, permitiendo así su acercamiento. Y aun sin poder ver, me agarró las hombreras de la armadura, pegando su rostro al mío.

—No ignores mis palabras, Ástheron, o la culpa te hostigará hasta el fin de los días. La oscuridad se acerca lentamente, mas aún hay tiempo de detenerla. ¡Detenla, Ástheron, detenla, o no habrá un mañana para Theralia!

Se lo llevaron arrastras mientras lanzaba al viento maldiciones y malos augurios. Yo permanecí desconcertado en lo alto de las murallas que protegían la ciudad de Átreka. Y sobre aquel espigado baluarte avisté a lo lejos el horizonte: el ocaso que indicaba el fin de mi jornada.

Bajé angostas escaleras de caracol en dirección al hogar, al calor de la familia. Recorriendo sus calles, pensé en lo rápido que el tiempo fluye. Inquebrantable lo cambiaba todo a su paso,

dirigiendo a nuestra amada Theralia a su destino, al igual que a cada uno de sus habitantes; consumiendo el presente en pos de la leve sombra que es para el hombre el pasado.

Átreka, capital del sur de Theralia, anidaba en una fastuosa belleza difícil de igualar. Sus avenidas empedradas y sus casas de roca, siempre de un color casto, emanaban de la gran ciudad una pureza y pulcritud incomparables. Al término de esas concurridas y elegantes travesías se alzaba imponente el palacio real. Bráolin reinaba el sur desde antes que yo naciera. Él mismo me nombró comandante del ejército diez años atrás; década de una tranquilidad indolente.

La guerra contra los Erzíofres llevaba años en punto muerto. Ellos permanecían en el norte, nosotros hacíamos del sur nuestro fortín; ellos tenían su capital Erzíofre, nosotros Átreka; ellos al rey Úbklar, nosotros nos inclinábamos ante Bráolin... Un mundo fragmentado en dos desde el inicio de los tiempos. Batallas y contiendas perduraban en la memoria de los más viejos. No se recuerda una Theralia de un solo rey. Nadie recuerda una única Theralia.

El resto del mundo residía en la más profunda neutralidad, exentos de bando alguno, campando a sus anchas por nuestras tierras fragmentadas. Elfos, nerzs, enanos..., anidaban bosques y montañas alejados del mundanal ruido. Los nerzs: pequeños seres de alma pura felices en sus pequeñas y cómodas «madrigueras» en las copas de los árboles; los elfos: letales guerreros capaces de acabar con la vida de un hombre sin darle tiempo a consumir un pestaño, ocultos en sus radiantes ciudades blancas; los enanos: feos, siempre refunfuñando, aguardando en sus ciudades bajo la tierra un pretexto para abandonar la roca y blandir sus hachas.

Milenios atrás, nuestras tierras poseían nombres extraños. El mundo cambió tras eras y eras de erosión, y aquel que fue un mundo de matices, dio paso al norte y el sur.

Todo pendía de un fino hilo de orden. Mas el orden tiende a la desobediencia, y en cualquier momento, en el instante menos esperado, ese equilibrio se esfumaría dejando tras él una estela de destrucción.

Al cobijarme en las paredes que eran mi hogar, la turbación que parecía perseguirme desapareció al instante. Junto al fuego, mi mujer Áurea y mi hijo Tywren esperaban la llegada del comandante del Ejército Átreko. Mientras mi pequeño se abrazaba a mis pies, su madre me besaba. La amaba tanto que pensar en perderla me vejaba el alma hasta convertirla en nada; y como todo ser viviente sabe, nada es demasiado poco. Pensamientos que tiempo llevaban rondando mi cabeza. «¿Malos augurios? ¿O el simple miedo a malograr lo que uno más quiere?» Lo que sí resultaba evidente era que las palabras del ciego no habían ayudado a aplacar mis aciagos augurios.

—Hola, amor —saludó sin dejar de apretarme entre sus brazos. No me cansaba de escuchar su dulce voz—. ¿Cansado?

—Un día más. —No me complacía hablar del trabajo en casa—. ¡Pero ya estoy aquí con mi familia! —exclamé mientras alzaba en brazos a mi hijo de tan solo dos años—. ¡Y ahora solo tengo ojos para mis dos soles!

Reí mientras balanceaba arriba y abajo a Tywren como a un pelele. Áurea se dispuso a servir la mesa.

—Me olvidaba —declaró de pronto—. Han echado esta carta por debajo de la puerta. Es para ti.

Vulgar: blanca por delante y blanca por detrás, a excepción de mi nombre, escrito en una de sus caras. La abrí. Se leía: «Las palabras del ciego son ciertas; tan ciertas como que te haces llamar Ástheron. Si quieres saber más, acude a la cantina La Senda de Tul a medianoche».

—¿Qué dice? —La curiosidad parecía haber hecho mella en mi esposa.

—Nada. Unos documentos que por algún motivo han enviado aquí. Y no lo entiendo, la verdad. Pero bueno... ¡Comamos! —exclamé intentando cambiar de tema—. ¡Tengo un hambre voraz!

Cené hasta saciar el apetito y me acosté junto a la mujer de pelo negro y ojos azules que robó mi corazón una década atrás en el tiempo. Le hice el amor como tantas otras noches, aunque en esa ocasión, mi mente se evadió hacia el mensaje de la enigmática carta.

Esperé hasta verla dormir y me dirigí por las oscuras calles de la ciudad hacia la posada La Senda de Tul. Entré. Una cantina como cualquier otra, sumergida en una falta de luz alarmante. Al acceder, solo pude percatar una mesa ocupada. En ella permanecía un hombre enano. No bajo ni menudo..., enano de los pies a la cabeza.

Resultaba extraño verles tan al sur. Pero allí estaba, sentado, inmerso en una oscuridad cerrada, fumando una larga pipa de la que emanaba un intenso humo blanco. Observé su diminuta silueta y la nube densa que se desperdigaba por los alrededores de su fea cara.

Me acerqué y senté. Entonces le vi: ¡un nerz! Quieto a su lado, con la cabeza gacha, en silencio.

—Más te vale no haberme hecho levantar a estas horas para nada, enano.

—Hola, Ástheron —saludó agachando la cabeza en reverencia—. Gusto en conocerte.

Advertí su gesto como uno sarcástico.

Un hombre rechoncho y a la vez rocoso, de faz desagradable como pocas. Pelo sucio y enmarañado, a juego con su barba azabache. De facciones duras y contritas, denostando un ser arisco; su aroma no le iba a la zaga.

—Habla y déjate de absurdeces. Y ve al grano, tengo sueño.

No me gustaban los de su raza. En contadas ocasiones tuve el «honor» de compartir mesa con alguno de sus congéneres, y no disfruté en absoluto de su compañía.

—Ten cuidado, sureño, no sabes con quién hablas. —Sus manos se independizaron de la mesa donde se apoyaban y me señalaron amenazantes—. Hablaré..., pero no vuelvas a usar ese tono conmigo. Estoy aquí para advertirte de lo que acontece en el norte. —Su voz sonaba gruesa, robusta—. El hechicero real ha indagado más allá de lo congénito, y un mal que dormitaba ha despertado.

—¿Nábzangs?

La palabra brotó de mi boca sin permiso, como si el temor que almacenaba mi cuerpo hubiera huido de mis tripas como una exhalación.

—Sí. —Los ojos del enano despuntaron blancos entre lo oscuro—. Pero no es todo: pretende crear un ejército y abalanzarlo sobre el sur sin clemencia, haciendo al rey Úbklar el único en Theralia. Temo que haya dos posibilidades en todo este tenebroso asunto: el sur cae ante el norte y su ejército Nábzang; o norte y sur lo hacen acompañados del resto de razas.

Términos que no podían ser ciertos. Aunque el hechicero real retornara a los Nábzangs, nadie sería capaz de controlarlos. Pero el ciego ya notó su presencia en los bosques cercanos a la ciudad...

—Digamos que te creo. ¿Qué propondrías hacer?

—Partir de inmediato hacia el norte y acabar con las malas artes del hechicero real.

—¿Pretendes que yo, el comandante del Ejército Átreko parta hacia el norte con la única compañía de un enano loco?

—Y la de un nerz —matizó—. No puedo demostrar lo que digo —prosiguió negando con la cabeza—. ¿Pero no crees, Ástheron, que la vida de tu mujer e hijo merecen al menos el beneplácito de la duda?

—Dame un día para meditar. Mañana visitaré a mi buen amigo Ásdrabal, hechicero real aquí

en el sur, y le contaré lo que me acabas de explicar.

Me alejé del enano y el tímido nerz, y me dirigí raudo a mi lecho. Me abracé a Áurea, que ni siquiera había advertido mi ausencia, e intenté conciliar un sueño que sabía no iba a alcanzar.

¿Y si las palabras del enano eran ciertas? ¿Y si los augurios del anciano resultaban veraces? Quería creer que no, pero la simple posibilidad de que lo fueran obsequiaban a mi alma con esa pesadumbre que no parecía tener intención de abandonarme.

Desperté sin haber reposado. Desayuné junto a los míos entre risas y arrumacos y me dirigí a las dependencias de Ásdrabal el hechicero.

Bajo el palacio real, en un pequeño torreón situado en el centro de los jardines que adornaban la base del monumental castillo, se encontraba su hogar.

No era un hechicero al uso. Más que un hombre dedicado al noble arte de lo mágico, en ocasiones parecía un bufón. Pero su erudición no conocía fin.

Mientras me aproximaba a la alta torre de piedra gris, de los pequeños orificios que le hacían de ventanas percibí un fuerte estruendo y un denso humo negro. Corrí hacia la puerta, que no estaba cerrada, y al abrirla vi lo que moraba dentro. Las estanterías, sillas, frascos, ollas..., todo se amontonaba asemejando la madera de una hoguera lista para arder. Bajo tan mayúsculo desastre se alojaba Ásdrabal, que emergió apartando los trozos de lo que fue mobiliario segundos atrás. Su largo pelo negro, cubierto de polvo parecía casi blanco, al igual que su oscura túnica portadora del sol de seis puntas, emblema inequívoco del clan de los hechiceros úlgidos.

—Esta vez sí que he estado cerca de viajar al otro mundo —aseguró entretanto se sacudía las vestiduras.

—¿Qué ha sido esta vez? ¿La vida eterna? ¿El retorno a la juventud, quizá? ¿La cura al mal aliento...? —La sonrisa afloró en mí sin remedio.

—No. Algo mucho más materialista —contestó entre carraspeos—: intentaba convertir el hierro en oro.

—Pues es una pena, porque vas a necesitar mucho para arreglar este desastre.

Observé desde la distancia al hombre mugriento que reflejaba en su rostro el fracaso reciente. Y sin poder evitarlo, una carcajada surgió de mi boca; de igual manera, Ásdrabal no pudo evitar hacer lo mismo.

Reímos un largo instante.

—Subamos a la buhardilla —dijo entre carcajeos—. Allí podremos conversar tranquilos. Creo saber por qué estás aquí, Ástheron.

Ascendimos por una estrecha escalera de caracol. Al alcanzar su cima me encontré en una habitación minúscula de bajo techo que no permitía andar erguido. En el centro de la pequeña estancia atisé una mesa de madera redonda con dos sillas. Ásdrabal se sentó en una de ellas y me instó a que yo hiciera lo mismo.

—Vienes por lo que te ha contado el enano, ¿cierto? —El hechicero pasó de la broma a la solemnidad en un segundo—. Todo lo que te explicó puede ser cierto. Creí en la posibilidad cuando el nerz que le acompañaba narró su historia.

—Así que el apestoso enano también pasó a hacerte una visita... ¿Qué te dijo su acompañante?

—Que cruzó su estampa con la de un ser de piedra incandescente, que se ocultó tras un árbol y que este pasó muy cerca de su cuerpo sin advertirle. Los Nábzangs poseen el don de avizorar la maldad en el alma de todo ser. Pero los nerz no poseen maldad alguna. Envidia, mentira, avaricia..., nada de ello encontrarás en su corazón.

—¡Maldita sea! ¿Qué debo hacer, Ásdrabal?

—De nada servirá acudir al rey Bráolin. No accederá a enviar al ejército hacia el norte. Yo

mismo le he hablado de los augurios de ese feo enano. Mas si traemos pruebas fehacientes... Un viaje rápido es lo que propongo: alcanzar el norte y acceder a la ciudad de Erzíofre, comprobar la veracidad o la ansiada falsedad de toda esta locura y regresar. Bráolin no pondrá impedimento a la expedición.

—¿Te das cuenta de lo ridículas que suenan tus palabras? —pregunté hastiado por el disparate —. ¿Nábzangs? ¿Viajar al norte?

—Solo digo que deberíamos comprobarlo, nada más. Marcharé junto al enano y el nerz mañana mismo. Tu compañía nos sería de gran ayuda. Partiremos junto al Arroyo del Silvador a primera luz del alba.

—No voy a ninguna parte, Ásdrabal. No seguiré a un grupo de chalados en dirección a un destino del todo cierto.

Me fui sin más, cansado de escuchar sandeces, dejándole sentado en aquella pequeña buhardilla.

El viaje

El amanecer... El sol asomaba su corteza en llamas mientras me dirigía hacia el arroyo que inauguraría el viaje. Sentí un gran pesar al dejar atrás el hogar. Incluso hube de mentir a Áurea; no quería inquietar su alma. Le hice creer que mi ausencia se debía a asuntos menores. Mi segundo al cargo ocuparía el vacío que el comandante átreko dejaba en el ejército. Todo quedaba zanjado en Átreka.

La silueta de los tres resultaba casi cómica: un espigado hechicero que no sabía dónde tenía la cabeza, un tímido nerz de alma pura y un enano socarrón: estampa patética que contrastaba con la hermosura del astro rey a lo lejos. Al alcanzar la triste escena, observé cuatro caballos para tres jinetes. Ásdrabal se giró mientras el enano sonreía.

—Para ti. —La mano del hechicero depositó en la mía las riendas de un hermoso caballo alazán—. Puedes mandar tu montura de nuevo a las cuadras.

Golpeé la grupa del corcel, que galopó en dirección a las caballerizas reales —conocía perfectamente el camino de vuelta—.

—Sabías que vendría, ¿eh..., viejo zorro?, que el remordimiento y la duda guiarían mis pasos.

—Te conozco bien. Sé que te cuesta digerir ciertas cosas, pero que no nos dejarías en la estacada.

—Yo no lo tenía tan claro —matizó el enano, del cual ni siquiera conocía el nombre.

—Presentaos —demandé antes de que sacara a relucir su grave voz de nuevo—. Nos espera un largo camino juntos, y ni siquiera sé cómo os llamáis.

—Gárgol —anunció el enano decidido.

—Nirblin —contestó el nerz con voz débil.

—Ásdra...

—¡A ti ya te conozco, necio!

El hechicero provocaba la risa en mí, y sin siquiera proponérselo.

Gárgol vestía una armadura ligera carmesí, con una gran hacha enana asomando por su fornida espalda. El nerz portaba una camisa morada y un pantalón a juego que le quedaba largo, haciéndole parecer más bajo de lo que era —y eso que apenas me llegaba a la cintura—; de piel morena y pelo corto, rizado...: uno más de su raza. Yo, en un intento por pasar desapercibido, opté por una túnica gris de amplia capucha. Ásdrabal se ataviaba con una más oscura, con el sol de seis puntas en su frontal; el hechicero real no entendía de mimetismos.

El primer día transcurrió arropado por el sosiego. Cruzamos ríos y arroyos, puentes y montañas, pequeñas ciudades y amplios poblados. Mas al fin, el crepúsculo marcó el momento de acampar.

Cenamos pan trévulo en salsa de azorín, acompañado con frutas del bosque. Y tras la ingesta de dichos alimentos, mi saciado ser reparó en una cuestión que largo tiempo llevaba demandando ser atendida.

—Refrescadme la memoria —solicité al calor del fuego—. Volvedme a contar la historia de cómo los Nábzangs subyugaron.

—Bien —musitó Gárgol mientras la mirada se le perdía en el infinito—. Te narraré la historia del gran héroe Zrístheron.

Con el fuego reflejándose en las pupilas de mis tres acompañantes, me dispuse a escuchar de

nuevo, de boca de aquel enano gruñón, la más vieja de las leyendas:

«En época de dragones y trolls, en eras de magia etérea y espada de fuego, afloró entre sombríos augurios un ser llamado Zrístheron. Desde el mismo día de su profético nacimiento, la marca del elegido despuntó en su epidermis; y por ello fue que sus padres, temerosos por perderle, mantuvieron al gran héroe oculto.

Creció ignorando su destino, desconocedor del innato poder que poseía, hasta que el temido día llegó. Tras una década de búsqueda, el gran mago Rainzurl le encontró, iniciándose así la profecía que guiaría sus pasos.

En lo alto del Monte Renacido, entre las piedras que custodiaban a los magos del Concilio Negro, el ser bendecido con la fuerza eterna empezó su aprendizaje.

Los más duchos en el arte de la hechicería nunca imaginaron el magno poder que escondía el casto muchacho. Nigromancia, ocultismo, prestidigitación, ilusionismo, destrucción..., nada se escapaba al conocimiento de aquel ser destinado a acabar con el mal que invadiría el mundo.

Y las tinieblas no se hicieron esperar. Desde el inframundo, los cuatro ejércitos del castigo, integrados por diez mil Nábzangs cada uno, ascendieron arrasándolo todo. La alianza entre razas: hombres, elfos y enanos, reunió el mayor ejército creado hasta la fecha, con la intención de aplacar la muerte que se cernía sobre todo.

Mas no hubo misericordia, y el étnico ejército sucumbió.

Un año después de la batalla, Zrístheron, a la edad de quince años y con el aprendizaje concluso, partió hacia la guerra entre los cadáveres que sembraban la tierra y el pesar de sus retinas al contemplarlos.

Sin miedo, sin culpa, sin arrepentimiento, marchó al encuentro del ejército invasor. Los Nábzangs no tardaron en detectar aquella alma henchida por la ira, y rastrearon al gran héroe hasta encontrarle. Solo hizo falta un sutil movimiento de su mano para que aquellos cuatro ejércitos sublimes se alzaran a los cuatro vientos; y con otra leve oscilación de sus dedos, el mayor hechizo jamás efectuado mandó a los Nábzangs de nuevo a las profundidades.

Lo que Zrístheron no sabía, era que su ser compartía destino con el de sus enemigos. Los hechiceros del Concilio Negro omitieron al gran héroe cuál sería el precio de la victoria.

Y cuentan los más ancianos, que en las noches de tormenta, los truenos y relámpagos que asustan a los niños emanan de su espada, en la eterna guerra que gesta en los infiernos».

—Leyendas —se escuchó tímidamente del nerz, que hasta entonces había parecido un mudo—. Pero si así las llaman... —susurró meditativo—, será porque se halla un hilo de verdad en su interior, ¿no? Ínfimo quizás, sí. Mas de no haberlo, ¿no las llamarían cuentos?

No hubo más palabras aquella noche. A la lumbre de una hoguera nos dejamos engullir por el reino de los sueños.

La inevitable luz llegó y nos dispusimos a emprender de nuevo aquel viaje de reconocimiento. Llegar, ver y volver con las nuevas: nuestro cometido; tan simple y a la vez tan complicado.

Al menos tres días de camino nos aguardaban hasta alcanzar la línea que separaba las tierras del norte y el sur. Sería a partir de esa «fisura» falaz, cuando nuestro trayecto se tornaría más peligroso. Erziófres y Átrekos no gozaban de buenas relaciones desde tiempos inmemoriales. La cautela pasaría entonces a guiar nuestros pasos, no debiendo desvelarse nunca nuestras identidades. Tampoco resultaba conveniente acercarse a zonas habitadas; bosques y montañas custodiarían nuestro itinerario.

—¿Cómo acabaste junto al enano? —le pregunté a Nirblin mientras acercaba mi montura a la

suya.

—Justo el día que me crucé con el Nábzang en mi poblado se efectuaba la fiesta del vino, y como todos los años por esas fechas, varios representantes enanos acudieron a comerciar con nuestros productos. —El menudo parecía haber perdido un poco la vergüenza—. Gárgol estuvo presente cuando llegué aún tembloroso. No dudó en creer mi historia e iniciar el viaje que acontece. Mas alguien allí, entre la muchedumbre que se agolpaba, nombró a un tal Ástheron, el mejor guerrero que según él había contemplado, y nos instó a que fuéramos a pedirle ayuda.

Pensé en quién pudo pronunciar mi nombre entre la gente; ese que me abocó con sus palabras a la peligrosa senda que recorría en ese instante. Imposible saberlo.

—¿Habéis intentado pedir ayuda a los elfos?

Nirbling frunció el ceño.

—¿Y dónde están? —preguntó de forma retórica—. Los nerzs llevamos años sin verles. Su ciudad blanca se esconden bajo hechizos que no hacen más que engrandecer su leyenda.

Cierto. Sus puntiagudas orejas llevaban décadas sin dar muestras de vida. Nadie conocía el porqué, pero el brillo de sus ciudades transitaba desde hacía tiempo en lo desconocido.

Bellos paisajes, con riachuelos y praderas que nos alegraban la vista. Bosques cubiertos por el verde manto del musgo, otorgándoles un respiro a los casquillos de nuestros caballos. Cielos despejados sin mostrar un ápice las nubes... Largas horas acontecieron con la única compañía de aquellas bucólicas estampas, bajo el cantar del ruiseñor y el silbar del viento al acunar pradera. Mas a lo lejos, nubes grises enturbiaban el idílico panorama. Y ese cielo ennegrecido se asoció con una densa neblina, dificultando el avance. La lluvia pasó a ser nuestro acólito más fiel, encharcando los caminos que tiempo atrás brillaron bajo la luz de un sol indolente. Y al alcanzar la línea que fragmentaba nuestras tierras en norte y en sur, el trayecto se tornó oscuro como el averno.

El viaje continuó entre altas montañas: piedra a nuestra izquierda; piedra a nuestra derecha. Fue entonces cuando de entre los huecos que dejaban las rocas emergieron cinco hombres encapuchados.

—Dad la vuelta —ordené a Ásdrabal, Gárgol y Nirblin—. Bandidos.

Pero al girar nuestros caballos, otros cinco asaltantes aparecieron ante nosotros.

Sentimos el acorralamiento. Los rufianes alzaron sus arcos y nos apuntaron al pecho. Nosotros, paralizados sobre nuestras monturas, aguardamos a ser agredidos. Sentí un gran peso que mandó de bruces mi organismo contra el suelo. Todos caímos. Pesadas redes metálicas, tiradas desde lo alto de aquella garganta en el camino, nos apresaron sin remedio. Uno de los bandidos se acercó y levantó el brazo.

Pasé a la más profunda oscuridad.

Desperté aturdido, sintiendo la cara manchada. Toqué mi rostro y la mano se me impregnó de sangre. Apenas podía respirar. Un malestar inmenso invadía cada centímetro de mi cuerpo. Al mirar a mi derecha, descubrí a mis tres acompañantes de rodillas, con las manos maniatadas y las bocas amordazadas.

Seguía lloviendo a mares.

—Os vamos a robar, matar y lanzar al arroyo —dijo uno de los maleantes, que cubría su faz con una capucha gris—. Pero tranquilos, no es nada personal.

Sus compinches rieron. Uno de ellos lucía orgulloso el bastón de nuestro hechicero.

El hombre desenfundó su espada y se acercó dispuesto a arrebatarnos la vida. Las caras de Ásdrabal, Gárgol y Nirblin reflejaron la pena; mas no advertí en sus ojos el miedo. No suplicarían, llorarían..., morirían dignamente. Sentí orgullo al percibir mis últimos momentos con

aquellos tres hombres que apenas conocía —a excepción de Ásdrabal, por supuesto—. Tres hombres de honor, sin duda.

Pero de pronto, cuando nuestras almas se habían encomendado ya a la fatalidad, un ser proveniente del cielo aterrizó ante nosotros clavando sus rodillas en el mullido terreno, formando a su alrededor una honda de fango descomunal. El ladrón retrocedió temeroso hasta reunirse con sus nueve compinches, entretanto la sombra enviada desde el firmamento alzaba su estampa, mostrando lo que asemejaba un hombre oculto bajo una túnica negra. Bajo la lluvia, se acercó firme a los asaltantes. Y sin darles tiempo siquiera a tensar sus arcos, elevó los brazos mostrando al viento dos dagas blancas, surgidas de sus atezados ropajes. Y giró como un tornado, convirtiéndose en una peonza mortal, iniciando un hermoso recorrido de profundos cortes. Los cuellos se abrieron derramando un rojo licor, empapándose las cuchillas en sangre. Gzante a gzante, vida tras vida, quedando inmóvil al final del trayecto, mirando impertérrito nuestras sorprendidas y amordazadas caras. Alzó de nuevo las manos mientras los ladrones se ahogaban en sus propios fluidos, retirando la capucha negra que no dejaba atisbar su rostro. Y cuando se mostró no reveló el de ningún hombre, sino el de una mujer: una bella y resplandeciente mujer elfa.

—Mi nombre es Airzlin —pronunció con voz hedonista—, y he venido hasta aquí para conducirlos a la ciudad blanca de Trylbrin.

Neërlin

Tras liberarnos de nuestros «grilletes», la hermosa elfa nos instó a que la siguiéramos. El rey había solicitado nuestra presencia; y no íbamos a rechazar tan notoria invitación.

Jamás en mis cuarenta años de vida observé un ser tan bello. No era hermosa; era radiante hasta límites insólitos: su pelo negro de trenzas finas, su piel pulcra, sus ojos azules infinitos, sus labios eternos... Arrió su caballo blanco y la seguimos por bosques bajo esa lluvia que no cesaba, hasta alcanzar la linde de un precipicio. Acercó lentamente su montura al atolladero y se lanzó al vacío. Mas no cayó, cruzó sobre un puente mágico que poco a poco se revelaba a la vista. Seguimos su estela sobre la translúcida pasarela, y justo al alcanzar la mitad del trayecto se descubrió ante nosotros una ciudad arrebatadora de viaductos y arcos blancos. El encantamiento que escondía la hermosa urbe se esfumó indolente, mostrándonos la belleza en estado puro: estatuas con largas lanzas, columnas forradas por el verde intenso de la hiedra, escaleras translúcidas sin fin... Escuché historias sobre el esplendor de las ciudades élficas; ninguna hacia honor a tan magna riqueza.

—El rey Neërlin os espera —comentó Airzlin mientras recorría calles plagadas de elegantes elfos ataviados con claras túnicas.

La sala del trono se encontraba tras una gran puerta ornada con ribetes cobalto, situada en una plaza de blanco solado con tres fuentes de aguas cristalinas, detrás de una larga escalinata de peldaños transparentes.

Al entrar, Neërlin aguardaba de pie en una sala de reflejos. Avistamos a un elfo joven, como todos los que en aquella urbe perpetuaban. De pelo plateado y liso, prolongado, de refinadas e impolutas facciones..., un rey majestuoso.

—Os esperaba —constató mientras nos instaba a que tomáramos asiento en una mesa circular de piedra nívea—. Quiero entregaros el conocimiento que mis ojos y oídos han filtrado durante eras, sobre lo que os ha empujado a emprender este viaje —explicó al tiempo que se acomodaba ante nosotros—. Mostráros el rumbo a seguir; rumbo que ha de ser fácil, que no conlleva mayor obstáculo que el de corroborar lo que acontece. Pero dicho destino posee la facultad, aunque ínfima, de mudar al peor de los términos.

—Habla, rey, no nos hagas perder más el tiempo —farfulló Gárgol con voz rotunda.

—Ten cuidado, enano. —La voz de Airzlin asomó a nuestra espalda—. O tu cabeza te observará desde lo alto de esta mesa.

Gárgol murmuró y calló. Bien sabido era que enanos y elfos no gozaban de mutua simpatía.

—Disculpad al enano, rey Neërlin, carece de modales. —Otro gruñido surgió de la boca del citado—. Nos complacería escuchar lo que ha de decirnos, majestad. Toda ayuda es poca.

—El enano está disculpado. Os contaré lo que sé —dispuso el rey—. Los Nábzangs fueron creados de lo poco que mora en el inframundo: de sus rocas de fuego; y estas son duras como el acero élfico, e indestructible para un arma común. Mas existe un metal capaz de hendir dicha piedra, casi extinto, que nuestra raza poseía hasta hace bien poco. Solo queda un filo capaz de herir a un Nábzang, sumergirlo de nuevo a lo más recóndito de las leyendas.

—Entonces, rey Neërlin, ¿cree en la posibilidad de que los Nábzangs regresen? —interrogué expectante.

—Somos conscientes que moran en los bosques cercanos a ErzíoFRE. Pocos, es cierto, pero allí

están. El rey Úbklar parece acusar el paso del tiempo, y temo que su juicio haya ahondado demasiado profundo en la demencia. Y más temo, que el hechicero real se haya adueñado de su autoridad. Sospecho que Braithru se ha excedido en sus funciones y despertado una maldad que dormitaba. Supongo que los engendros avistados son solo «ensayos» del hechicero real, frutos de los preparativos previos a su diabólico plan. Pero no creo que vaya más allá. Nadie es tan ingenuo como para creerse dominador del mal.

»Ahí reside vuestro cometido: averiguar si mis suposiciones son ciertas. Y si lo que descubris en Erzíofre va más allá de lo casual, acabar con Braithru si es necesario. Haced lo que haga falta para restablecer el orden.

Todos asentimos —Gárgol un poco a regañadientes—. El rey habló de nuevo:

—Airzlin os acompañará en este viaje que habéis de proseguir. Pero antes, debo entregaros algo.

La bella elfa se personó de nuevo portando en sus manos una espada de filo negro, y la posó sobre la mesa con sumo cuidado.

—Es Thundir —explicó Neërlin—, forjada por nuestro mejor herrero con el único metal capaz de atravesar la «piel» de un Nábzang.

Nos dispusimos a abandonar aquella radiante belleza en forma de urbe. Mas esta vez partimos cinco; quinteto de peregrinos en dirección a un destino incierto.

—Neërlin ha demandado hablar contigo en privado —me comunicó Airzlin justo antes de cruzar la mágica pasarela.

Doblé mi caballo y entré en los jardines que le hacían de entrada a la ciudad. Encontré al rey sobre un pequeño puente, bajo el cual fluía un riachuelo de aguas azuladas.

—Supongo sabrás del poder que posee el menudo que os acompaña —dijo pausado mientras me observaba en lo alto de mi montura—. Los nerzs poseen almas sin pecado, cierto es, pero la suya es la más pura que he sentido nunca. Protege al tímido nerz con tu vida si es necesario, Ástheron. No confundas su silencio con debilidad. Es fuerte, mucho más de lo que crees.

Asentí y regresé con mis compañeros de viaje.

No llovía, pero el sol se negaba a esclarecer nada. Solo nubes negras a lo alto, entristeciendo el trayecto que poco a poco se acercaba a su meta: la ciudad de Erzíofre. En ese mismo instante, al adentrarnos en sus murallas, sería cuando el mayor escollo del periplo entraría en escena: el más viejo de nuestros enemigos.

—Podemos evitar el contacto con aldeas y ciudades si vadeamos el Monte del Óbito —comentó Airzlin sobre su caballo blanco—. Un nerz, un enano, un hechicero, un humano y una elfa, no pasarán precisamente desapercibidos.

—¿Acechan peligros entre sus rocas? —interpelé curioso al no conocer el lugar. Nuestro reciente encontronazo con los bandidos me había vuelto si cabe más receloso.

—Se dice que sus piedras fueron malditas por un hechicero que perdió a su amada durante el ascenso. —Airzlin suspiró y pareció perderse en sus recuerdos—. Pero nada de eso es cierto. Dicha leyenda solo ahuyenta a quienes la creen veraz, eso es todo. El atajo es seguro; nadie se acerca al Monte del Óbito si no es para buscar el suicidio. Una vez superada la elevación, en dos días estaremos en Erzíofre.

La joven elfa nos encaminó al pie de la alta montaña. Emprendimos su ascenso. Durante horas subimos por una vereda escarpada en la linde del monte, hasta que de pronto, en medio de la pétrea senda, avistamos un rastro inequívoco de sangre.

Me acerqué hasta el líquido y lo toqué dispuesto a verificar su naturaleza. Justo cuando mi dedo se tornó rojo, el mundo se difuminó en oscuridad.

—¿Airzlin? ¿Gárgol? ¿Ásdrabal?

Busqué entre las sombras a mis compañeros; ni rastro de ellos. Semejaba estar inmerso en un firmamento sin estrellas, navegar sobre un mar eclipsado.

Ante mí brotó un humo blanco, que formó dos inequívocas siluetas. Pude reconocer aquellos cuerpos efímeros: el rey Neërlin sentado en su trono, y de rodillas, ante él, Airzlin escuchando.

—¡No voy a permitir que te cases con un plebeyo! —gritaba mientras ella permanecía postrada—. ¡La hija de un rey no puede contraer matrimonio con un soldado cualquiera! Es todo lo que tengo que decir. Puedes marcharte.

Airzlin elevó su esbelta figura sin dirigir la mirada en ningún momento a su padre; y sus «cuerpos» de nuevo se tornaron humo, surcando la oscuridad como una nube blanca. Seguí la estela de la emanación, cuando de pronto, ella se dibujó de nuevo. Abrazaba a un joven varón elfo, entretanto los llantos emanaban de sus ojos y las lágrimas brotaban de sus palabras:

—Mi padre no va a permitir que nos casemos —le dijo al hombre que apretaba con fuerza—. Te amaré siempre, pero este amor no traerá más que desgracias.

Desertó entre sollozos de los brazos de su amado, mientras la neblina traspasó mi cuerpo y también mi alma, transportándome a la suya, haciéndome sentir el más profundo de los pesares, la más intensa de las tristezas. Quedé por un momento paralizado por el castigo, emanando lágrimas sin consuelo; las mismas gotas que lloró ella en el pasado. Mas la oscuridad no pretendía darme un segundo de tregua y, de inmediato, otra escena se declaró.

—¡Noooo...! —maldecía Gárgol con una mujer enana muerta a sus pies, bañada en sangre—. ¡Os mataré a todos! ¡No va a quedar nadie con vida!

Contemplé cómo rebanaba la cabeza de uno de sus congéneres, y seguidamente, su hacha se adentraba en la de otro, abriéndosela en dos. Brazos y piernas se alzaron ante su arma. Al menos diez vidas claudicaron en aquella escena ulterior. Derramó lágrimas de sangre entre las vísceras y las extremidades de sus víctimas, gritando maldiciones al viento, negando a los dioses con todas sus fuerzas. Gárgol clavó entonces, en medio de la matanza, sus pupilas en las mías, y un súbito fogonazo de luz irradió de sus ojos devolviéndome de nuevo al mundo real, a las rocas que custodiaban el camino en la linde de aquella extraña prominencia.

—¿Es sangre o no? —preguntó el enano.

—¿Estás llorando? —preguntó Nirblin sorprendido ante mi reacción.

—¿No habéis visto nada? —pregunté perplejo justo en la misma posición que había quedado tras palpar el líquido rojo.

—¿El qué? Has tocado la sangre y durante un segundo te has quedado mirándola —dijo Airzlin—. Y ahora estás llorando.

Me incorporé de inmediato y dirigí a mis cuatro acompañantes, entretanto limpiaba las lágrimas con la manga de mi túnica.

No toquéis nada. Estas piedras esconden alguna maldición. No sé qué ocurrió aquí, pero os puedo asegurar que nada bueno. He visto cosas; cosas sobre algunos de vosotros.

—¿Qué has visto? —preguntó la elfa visiblemente inquieta.

—Sé quién eres, Airzlin. Pero solo tú tienes derecho a decidir si exponerlo a los demás

Me miró fijamente y ladeo la cabeza de forma casi imperceptible. Entendí al instante lo que quería decirme: rogaba ser una más.

—Volvamos sobre nuestros pasos —solicité nervioso, turbado por lo que acababa de sentir.

Al emprender el descenso una neblina negra apareció evitando nuestro avance. Al volvernos,

otra emanación de gas se presentó impidiéndonos de nuevo el paso. No podíamos progresar.

Poco a poco, la niebla que nos cercaba fue mostrando dos puertas semicirculares de piedra gris; dos inequívocos portales.

—Magia negra —confirmó Ásdrabal acariciándose el mentón—. Obra de un gran hechicero, sin duda.

—Voy a entrar —comuniqué ante la sorpresa de aquellos que aguardaban tensos—. El tiempo es el único recurso que no podemos consumir en vano. Si no regreso, juradme que finalizaréis el propósito que nos ha llevado hasta aquí.

—Te acompaño —dijo Gargol mientras desenfundaba su hacha.

—Yo también. —Airzlin ya mostraba entre las manos sus dos dagas blancas—. Estamos aquí por mi culpa; os he arrastrado a esta senda encantada.

—Nadie va a seguirme —afirmé conteniendo sus ímpetus—. No creo que el morador más allá de estas puertas quiera matarnos. Nos tiene cercados, ¿no? Si quisiera hacerlo nada se lo impide. Averiguaré qué demanda e intentaré dárselo.

Asintieron a regañadientes al tiempo que yo me adentraba en la oscuridad que albergaba una de las puertas; y justo antes de dejarme engullir por completo, observé la culpa en los ojos de la princesa elfa.

Dreanaen

Me hallé de nuevo acosado por una opacidad cerrada.

—¿¡Qué quieres de nosotros, morador!?! —vociferé hacia ninguna parte.

Una voz profunda, grave y melancólica, se escuchó:

—¿Estás dispuesto, Ástheron, a ayudarme a alcanzar la venganza?

Dudé un instante. Aunque en realidad, no podía permitirme el beneficio de la duda.

—Lo estoy.

—Bien. Mi nombre es Dreanaen. Me mostraré.

Apareció de la nada un hombre de largo pelo y barba blanca, envuelto por un brillo áureo y una túnica dorada, contrastando con la oscuridad.

Se acercó y alzó su mano.

—Cógela, Ástheron, te cederé mis recuerdos.

Lo hice. Y de pronto pasé a ser aquel hombre forrado por un mágico fulgor.

No podía hacer nada; solo observar con sus ojos prestados:

«—¡No voy a permitir que sigas indagando en la oscuridad! —vociferaba Dreanaen a un hombre vestido con una extensa túnica roja, que se sentaba tras una mesa repleta de pergaminos y frascos—. ¡Todo esto va a consumarse en desgracia! ¡Los Nábzangs no atienden a lealtades!

«Estábamos» en una especie de torreón de piedra, en una gran sala repleta de ollas y estanterías henchidas de frascos: en lo que parecía el laboratorio de un hechicero.

Qué sabrás tú, Dreanaen —dijo el hombre de piel agrietada y ojos negros como el abismo—. Siempre con esa moral y exasperante ética... No te inmiscuyas en mis asuntos, te lo advierto.

—Esto no va a quedar así, Braithru, tenlo por seguro. Hablaré con el rey Úbklar y le haré entrar en razón.

—¡Apresadle! —ordenó mientras se levantaba de la silla bruscamente—. ¡Quemadlo por brujería!».

Volví a ser poseedor de mis ojos, que de nuevo vislumbraban a aquel que ya tenía nombre: Dreanaen.

—Lo entiendes, Ástheron. —Sus ojos semejaron ser vidrio por un instante—. Entiendes lo que me hicieron. Tras ver cómo mi cuerpo ardía hasta ser cenizas, mi amada ascendió hasta lo alto de este monte y se lanzó al vacío. Con el tiempo, esta montaña se convirtió en lugar de peregrinación para aquellos que ansían el descanso eterno. Braithru no tuvo suficiente con abrasarme vivo y forzarme a contemplar desde la penumbra cómo se quitaba la vida. No fue bastante para su diabólica alma, y me condenó a morar entre estas piedras, sufriendo eternamente los recuerdos de aquellos que ascienden en busca de una fácil solución a sus martirios. Tú mismo has padecido la angustia que siento cuando alguien se acerca a mis dominios.

Mi corazón todavía palpitaba acelerado. No concebía mayor condena que sentir una y otra vez lo que padecen aquellos que no desean la vida.

—Consumaré tu venganza, Dreanaen. Juro que haré justicia por lo que se te hizo.

—Antes de acabar con Braithru —dijo solemne—, quiero que le digas estas palabras: «De tu hermano desde el infierno».

Mi cuerpo emergió de las sombras y desfalleció a los brazos de Airzlin, que lo agarró justo antes de que cayera a sus pies. Las puertas etéreas que interrumpían nuestro avance

desaparecieron.

—¡Lo has conseguido! —gritó Gárgol alzando su hacha.

—¿Te ha demandado algo el morador de la montaña? —interpeló Nirblin.

—Su nombre es Drénaen —constaté todavía abrazado a la elfa, que emanaba un aroma embriagador.

—¿El hechicero que murió en la hoguera? —dijo Ásdrabal tras un buen lapso en silencio—. Imagino que te habrá demandado acabar con el causante de todas sus desdichas, ¿no?

—Eso es —confirmé mientras separaba mi cuerpo de la elfa—. Y voy a cumplir mi palabra. Acabaré con ese maldito Braithru.

—Pues dile a ese tal Drénaen, que podría haberse ahorrado tanta parafernalia —espetó Gárgol tajante—; yo iba a hacerlo de todas formas.

Consiguió arrancarnos una sonrisa.

Y de nuevo, iniciamos ese ascenso que tanto se nos resistía.

Tras superar el Monte del Óbito y dos días de arduo transitar, alcanzamos una elevación cercana a la ciudad de Erzíofre; tan cercana, que desde lo alto pudimos avistar las luces que al anochecer expulsaba la capital norteña.

—Acamparemos aquí —comunicó Airzlin que, por consenso, había tomado los mandos de la comitiva—. Cenaremos y al terminar, meditaremos los pasos a seguir mañana.

Nos dispusimos a preparar la cena y a montar los rudimentarios lechos que tantas noches llevaban arropándonos. Y mi cuerpo añoró el calor de la familia como hacía años no echaba en falta. Imaginé lo que en aquel momento mi amada Áurea y mi pequeño Tywren estarían haciendo, y la imaginación me transportó a una escena de risas y arrumacos, de amor y caricias interpretada por los dos seres más preciados de mi existencia. Pronto volvería a formar parte del idílico decorado que sustentaba mi realidad: la vida junto a ellos.

Aquella noche no se encendió ninguna hoguera debido a lo cercano de nuestro destino, y el frío empezó a hacer mella en nuestros huesos. Abrigados con lo que teníamos, observando el vaho dimanar de nuestras bocas, nos dispusimos a comenzar esa planificación que habría de llevarnos ante el hechicero real. Mas no dio tiempo a iniciar nada. Pues a lo lejos, proveniente de la ciudad de Erzíofre, se escuchó un pequeño silbar de llantos. Ascendimos una ladera y todo se tornó en cataclismo: la ciudad ardía lanzando llamas sublimes al cielo plagado de estrellas. Semejaba el sol a pleno esfuerzo; y las altas murallas que habían de proteger a sus habitantes, los apiñaban como leña en una hoguera, evitando que el fuego abandonara sus pieles.

—¿Qué demonios está pasando?! —maldijo Gárgol.

—¡No puede ser, no puede estar ocurriendo! —Los ojos de Airzlin emanaron una lágrima cada uno.

—Hemos llegado tarde —sentenció Ásdrabal.

—¡No! —grité incrédulo.

Mas lo peor estaba por suceder.

Miles de seres diabólicos emergieron de la urbe en llamas: Nábzangs rastreadores de almas. Destrozaron las puertas como si fueran de papel, como todo lo que se interponía en su camino.

Los cimientos del mundo se desmoronaban ante nosotros.

El orden migraba al desorden.

La vida transmutaba a la nada.

—¡Subid a los caballos y galopad veloces hacia un lugar seguro! —grité sabedor de que no existía tal lugar—. ¡Huid y no miréis atrás!

Obedecieron sin dilación y cabalgaron colina abajo; pero cuanto más nos acercábamos al

inicio de la elevación, mayor era el fulgor que tras nosotros dibujaban en el horizonte.

—¡Arriad, no os detengáis! —supliqué con todas mis fuerzas.

Los caballos corrían al límite de sus posibilidades, clavando las patas en el resbaladizo terreno, tentando en cada zancada a la suerte, desconocedores del mal que se abalanzaba sin piedad. Fue entonces, cuando entre los árboles a nuestra vanguardia, volvimos a advertir el rojo que dimanaba de la piel de aquellos seres en combustión constante. Y cuando a punto estábamos de consumir la bajada, dos Nábzangs aparecieron. Pude verlos tan de cerca, que sentí lo que el anciano ciego describió no hacía tanto en las murallas de Átreka.

Pequeñas llamas sobre un cuerpo delgado, fino, inapreciable; una corteza de fuego y flamas; cuatro largas extremidades y un tronco llameante, unido a una cabeza con dos grandes ojos negros como la noche: eso eran los Nábzangs, y nos estaban dando caza.

Tras de mí, Ásdrabal, Airzlin y Gárgol arriaban sus monturas a consecuencia de lo angosto del trayecto, y Nirblin, debido al peso que no soportaba su caballo, descendía raudo a nuestra delantera. El nerz intentó esquivarles, pero su caballo se espantó debido al fuego, lanzando al menudo por los aires. Blandí a Thundir dirección al nerz, que ya sentía el acoso de los engendros. El primero quedó sin cabeza; el segundo, también. Y sin detener mi avance le agarré por los ropajes y lo lancé a la parte trasera de mi jamelgo; noté cómo se agarraba con fuerza a mi cintura.

—Gracias —susurró como si hablara consigo mismo—. No podemos escapar. Moriremos todos.

No contesté; sin embargo, en mi mente volvieron a perfilarse las palabras del rey elfo: «Protege al tímido nerz con tu vida si es necesario, Ástheron. No confundas su silencio con debilidad. Es fuerte, más de lo que crees».

Alcanzamos la protección de la amplitud que no habíamos gozado durante el descenso. Ante nosotros una inmensa llanura; lugar idóneo por el que huir sin dilación. Pero a nuestros flancos, cientos y cientos de Nábzangs surgían en dirección a las almas de un mundo agonizante.

Giré la vista para comprobar el estado de mis compañeros, y lo que avisté durante un segundo perduró en mi mente como un instante de eternidad. Sus caballos besaron el suelo a merced de los seres del inframundo, desmontando al enano, al hechicero real y a la princesa elfa. Los animales se derrumbaron en el lugar que acabaría siendo su tumba; como hambrientas termitas les destriparon entre llamaradas y relinches de dolor.

Ásdrabal, Gárgol y Airzlin se encontraron rodeados por cientos de Nábzangs. El espigado mago no tardó en arder mientras sus extremidades se independizaban de su cuerpo. El enano lo hizo blandiendo el hacha con furia, mientras contemplaba cómo su corazón valiente reventaba entre las manos de un resurgido. La elfa se arrodilló y miró al cielo. Asemejó rezar. Los seres de piedra se abalanzaron sobre ella cubriéndola de un rojo intenso.

Cabalgué mientras el incendio a nuestra espalda se alejaba poco a poco. Y seguí fustigando a mi caballo hasta que alcanzó el límite de sus fuerzas, dándonos el tiempo justo para desmontar antes de que sucumbiera al cansancio. Lo abandonamos a su suerte, que no sería otra que la de yacer en cenizas.

Entonces lo advertí: mi muslo derecho lucía un corte considerable.

«Cuando salvé a Nirblin —pensé—, algún Nábzang debió rozarme.»

Por fortuna, y aunque el dolor resultaba agudo, no sangraba debido al efecto cauterizante de nuestros perseguidores.

—No podemos seguir juntos —aclaré al nerz.

—¿Qué?

—¿No lo entiendes? ¡Rastrearán mi alma! ¡Ni tan siquiera puedo aligerar el paso! —El menudo vio entonces la herida. Frunció el ceño y se quedó pensativo—. ¡Huye, Nirblin! ¡Busca auxilio en los elfos, en los enanos, en tu raza...! ¡Busca ayuda donde la haya!

Clavó sus ojos en los míos y pude ver la determinación en ellos.

—Toma. —Desenvainé a Thundir.

—Aceptaré dejarte aquí, Ástheron —dijo decidido—, pero no indefenso.

Y se marchó en dirección a las montañas donde anidaban los elfos. Yo corrí tanto como mi fatigado y lastimado cuerpo permitió, hasta alcanzar un pequeño poblado de hogares de piedra. Al mirar atrás en la lejanía, avisté un horizonte rojo.

El lugar permanecía casi desértico, y las pocas almas que quedaban huían hacia la muerte. «¡Marchad a la ciudad de Átreka! —se gritaban unos a otros—. ¡A sus murallas!». Nadie mejor que yo sabía que Átreka no alcanzaría un mañana. Mi mujer e hijo morirían, mis soldados morirían, el rey Bráolin moriría..., mas por un tiempo sería el único rey en Theralia.

La pena me invadió.

No podía hacer otra cosa que morir dignamente, blandir a Thundir con las pocas fuerzas que me quedaban y obtener una muerte digna para el comandante del ejército átreko; aunque nadie alcanzara a conocer nunca dicha hazaña. Siquiera podría cumplir la promesa que le hice a Drénaen; quizá la muerte de su hermano apaciguara el desazón que inundaba su alma.

Mientras aguardaba al mar de Nábzangs pensando en lo estéril del viaje, distinguí una pequeña posada de nombre El Sorbo Eterno.

Entré a echar un último trago.

Nirblin

A través de una de las ventanas vi cómo llegaban asolándolo todo. No eran tantos como imaginé.

«El mundo es grande —cavilé sorbiendo una pinta que yo mismo me había servido—. Se habrán desperdigado destruyéndolo a sus anchas. Malditos siervos del mal.»

Terminé la cerveza y me alcé. Desenvainé a Thundir y recibí al primer Nábzang que se dignó a entrar en El Sorbo Eterno.

Lo atendí como merecía.

Se abalanzó como si yo fuera el último hombre al que destrozar y él el único ser demoníaco del mundo. Mas una abominación no era rival para el comandante del ejército átreko; no si empuñaba a Thundir.

Rebané sus llameantes y rocosas piernas truncando así su vehemente arremetida. Alcé el negro filo de la espada élfica y lo hendí en la piedra hasta perforarle el corazón. El Nábzang exhaló un grito seco y corto antes de pasar a ser un humo rojo y fugaz.

Volví a radicar en soledad entre aquellas paredes de madera oscura. No lo estaría demasiado tiempo; su alarido final alertó a tres de sus «hermanos».

«Ahora sí —me dije—: el momento del adiós.»

Como el primero, acometieron con ímpetu y furia. Dejé caer a Thundir y cerré los ojos.

No podía vencer.

No gozaba del vigor suficiente para luchar.

«¿He aquí mi sino? —pensé sumiso, resignado—. Te acepto. Que termine todo de una maldita vez.»

El rostro de mi mujer e hijo se perfiló en mi memoria. No volver a verles superaba con creces la pena que sentía al percatar mi muerte.

«Fui tanto y ahora soy tan poco.»

Sentí el calor de mis agresores. Apreté los párpados y me dejé llevar; le encomendé mi esencia al destino. Escuché entonces el sonido del metal al golpear un sólido, y tres gritos desgarradores.

El candor se esfumó. Abrí los ojos desconcertado y una estampa difícil de creer se dibujó ante mí: Airzlin empuñando la espada fraguada por su raza, con un humo rojo a los pies que no tardaría en desaparecer.

—No los cierres todavía, Ástheron —musitó jadeante—. Queda mucho por ver.

No hubo tiempo para preguntas. Me pringó la pierna con un ungüento que olía a rayos y subió a un espigado corcel negro; mientras, los interrogantes aturdían mi cabeza. Me aferré a su cintura como lo que era: mi salvadora. Galopamos por bosques y senderas en dirección a su ciudad blanca, dejando atrás el peligro. Y aunque no entendía el cómo, no importaba en absoluto. Vivíamos; y ese hecho inundaba mi corazón de esperanza. Tiempo habría para resolver dudas.

Nos arropó el único sonido de la naturaleza.

De pronto, el mundo asemejó residir en paz.

—Nirblin —susurré mecido por el trotar del ejemplar bruno—. ¿Está vivo?

—Lo está.

Fueron las únicas palabras que escuché durante el viaje; uno largo y sin paradas.

Y entre silencios cruzamos el puente mágico más allá del cual se ocultaba Trylbrin, donde esperaba el único ser indetectable para el mal.

Se lanzó a mis brazos. Le enmarañé el pelo y sentí su cariño.

—¡Cuánto me alegro de verte! —expresó jubiloso—. Creí que no volvería a hacerlo.

—Ni yo a ti, compañero... —confesé conmovido—, ni yo a ti.

Encontré al menudo en la sala del trono junto a Neërlin, que nos instó a parlamentar en la misma mesa donde días antes nos había entregado a Thundir. Una vez sentados, la elfa, el nerz y yo, lo hizo el rey, empezando de inmediato a hablar:

—Se han enviado cuervos avisando del desastre a Átreka y la gran ciudad enana de Kalha-Zhalin. Los primeros han sido «invitados» a protegerse en un antiguo refugio elfo en las montañas: la garganta de Īobdil. Los segundos, cerrarán las indestructibles puertas de su ciudad bajo la roca y permanecerán a la espera. Poco más puede hacerse por el momento. —Miró al nerz condescendiente—. No me olvido de tu raza, Nirblin. Las almas de los «no puros» alejarán a los Nábzangs de tu pueblo. No has de padecer por ellos.

El gozo anegó cada centímetro de mi espíritu. Al fin un atisbo de esperanza entre el desaliento.

«Quizá han huido al refugio del que habla el rey elfo, a esa garganta de Īobdil —pensé animado—. Puede que algún día vuelva a reunirme con mi familia.»

—Gracias, majestad. —Agaché la cabeza mostrándole mis respetos—. Esos cuervos seguro salvarán muchas vidas, puede incluso que las de mi mujer e hijo.

—Muchas almas caerán antes siquiera de alertar el peligro. Pero otras escaparán. Un solo hombre, mujer, nerz, elfo o enano superviviente, es motivo más que suficiente para invocar al ejército interracial, como se hizo contra el mismo enemigo tiempo atrás. Nadie se encuentra en posición de rehusar el llamamiento a las armas. Los enanos no aguantarán eternamente bajo la tierra; necesitan abastecerse del exterior. Y los humanos que alcancen Īobdil, tampoco resistirán largo tiempo con los víveres de los que gozan.

—¿Y el elegido? —preguntó Nirblin frunciendo el ceño—. Según las leyendas...

—Yo mismo formé parte del bando vencedor hace mil trescientos años —aseguró Neërlin—. No existe ningún héroe.

El menudo pareció decepcionado.

—Padre. —Airzlin se levantó de su silla, inclinó el cuerpo hacia su progenitor y apoyó las manos sobre la mesa, hablando meditabunda a la vez que segura—. Nuestras espadas y flechas no inflingen daño en los Nábzangs.

—Cierto. Por ello partiréis de inmediato hacia el Monte Renacido, al lugar donde los magos del Concilio Negro custodian el mapa con la ubicación del único yacimiento de ioradita existente, el metal con el que fue forjada Thundir. Todas las fraguas que resistan moldearán la preciada aleación. Toda mano libre empuñará una espada capaz de aniquilar a un Nábzang.

»Las armas que mandaron de vuelta al invasor años ha no existen; nadie creyó que las tinieblas volverían a anegar estas tierras. Se moldearon como joyas o estatuas de valor para el hombre. Y ahora se escapan a nuestro alcance. Requerimos de grandes cantidades de ioradita. No hay tiempo que perder.

—¡Enviemos un cuervo a los magos del Concilio Negro! —clamó Airzlin todavía de pie—. ¡No rechazarán auxiliarnos!

—Los cuervos no volarán al Monte Renacido. El frío es intenso y los peligros mordaces, tanto por aire como por tierra. Sus alas no consentirán tan siquiera iniciar el viaje.

Las intenciones de Neërlin resultaban claras. En cambio, muchos detalles no acababan de encajarme. ¿Cómo alcanzaríamos el Monte Renacido estando el mundo repleto de Nábzangs? ¿Quién forjaría las armas una vez encontrado el yacimiento? ¿Cómo llegaría el metal a las fraguas...? Debía dilucidar mis dudas y fue lo que hice: transmitírselas al rey elfo.

—Entiendo tu incertidumbre, Ástheron —contestó tras exponerle las cuestiones—, pero una vez se halle la materia prima, te aseguro que se transformará en espadas y puntas de flecha. El enemigo actúa como un animal, carece de raciocinio alguno y procede por puro instinto; usaremos dicho desequilibrio a nuestro favor. Mas necesitamos causarle daño.

»Sobre cómo llegaréis a vuestro destino... —musitó circunspecto—: un tramo andando por el cielo; un trecho andando bajo el mar.

Úrnasthir

Partiríamos al amanecer. Airzlin y el mejor guerrero elfo —según Neërlin—, Úrnasthir, nos acompañarían. Pocos para un cometido tan importante, mas debíamos pasar desapercibidos.

Me dispuse a intentar dormir cuando la elfa se acercó a mis aposentos.

—Conseguiremos llegar al Monte Renacido —aseguró bajo el arco de piedra que le hacía de entrada—. Durante milenios, los de mi raza han confeccionado una vía que comunica el mar con Trylbrin; y es hora de aprovechar dicha infraestructura.

—¿Cómo sobreviviste a la horda Nábzang? —pregunté al fin—. Yo mismo contemplé cómo varios engendros te cubrían.

—Magia élfica, Ástheron: un escudo protector forró mi piel, que brilló al contacto con las suyas, creyendo estos mi aniquilación.

«Estúpido —sonreí sintiéndome un ingenuo—. Y tú creíste que rezaba.»

Dicho esto, se fue, dejando en mí un poso de tranquilidad —las pretensiones de su visita, supongo—. Entonces pensé en Nirblin, en su más que probable desasosiego. Fui en su busca, con la intención de trasladarle un poco de la serenidad que me había transferido Airzlin.

Al encontrarle, hallé una agradable sorpresa: dormía plácidamente sobre su cama prestada.

«Nunca dejarás de sorprenderme, ¿eh, nerz? —pensé optimista—. De ti dependen linajes, razas, vidas..., y ni eso enturbia tu alma. Descansa tú que puedes, amigo; yo intentaré —vaticino que sin demasiada suerte —, acariciar el mundo onírico.»

Una mano se posó sobre mi hombro, sobresaltándome.

—¡Por todos los dioses, Úrnasthir! —dije conteniendo la irritación, todavía con el palpitar acelerado—. ¡No vuelvas a hacer eso!

—Lo siento, señor.

Uno de los elfos más altos que había visto nunca: al menos dos metros de estatura. Esbelto, musculoso y, como la gran mayoría de sus congéneres, de largos y lisos cabellos ocre. En cambio, sus ojos eran marrones como la piel de una castaña.

—Solo quería mostrarle mis respetos y asegurarle que obedeceré sus órdenes con diligencia.

—No será necesario: Airzlin estará al mando de la expedición.

—No, señor. No guardo buena relación con la hija del rey desde que... Precisamente vengo de hablar con él y ha accedido a que sea usted quien nos comande.

—El viaje ha de acontecer bajo el cobijo de la armonía. De no ser así está condenado al fracaso, ¿entiendes?

—Lo entiendo, señor.

—Bien. Pues visto que estoy al mando, he aquí mi primera orden: zanja tus rencillas con Airzlin. —El elfo asintió, aunque no vi el convencimiento en sus pupilas—. Y ve a dormir, Úrnasthir. Mañana hemos de estar frescos. Nuestro cometido es importante.

Antes de cerrar los ojos pensé en lo mucho que se había perdido: ciudades, aldeas, pueblos, familias erradicadas por completo, linajes que no volverían a florecer... Me quedé absorto en los bellos ribetes que engalanaban el techo de mi dormitorio y recordé a los caídos. En mi mente asomaron Ásdrabal y Gárgol; lloré sin emitir un mísero sollozo. Pero en mis lucubraciones se albergaba también un brillo de ilusión: la fe en volver a estar con los seres queridos.

El misterio inició el viaje como un peregrino más. Solo los elfos conocían los entresijos de la ruta a seguir; los restantes, sabíamos lo que el rey Neərjlin expuso el día previo a la partida, nada más.

«Sabéis lo necesario», dijo la elfa justo antes de abandonar la ciudad. Tuve la sensación de que su silencio atesoraba una simple y nada pérfida intención: sorprendernos».

En el centro del puente mágico, Airzlin se detuvo. Tras ella, Úrnasthir hizo lo mismo. Alzó el pie derecho y literalmente caminó sobre el aire. Nos mandó una mirada cómplice y sonrió.

—¿Listos para volar?

En ese momento se confirmaron mis sospechas: se divertía viendo nuestras caras de asombro.

Como si ascendiera peldaños invisibles —en realidad era exactamente lo que hacía—, se elevó con el azul de fondo. Úrnasthir siguió sus pasos.

Sobre nuestras cabezas, a unos doscientos metros, gritó en nuestra dirección:

—¿A qué esperáis?!

—Se divierte —le dije a Nirblin, que sonrió en apariencia, como la elfa, pasándoselo en grande.

Me acerqué a la linde del camino transparente donde los elfos, amparados por su vista élfica, iniciaron el ascenso a los cielos, y palpé con las manos lo que un invidente hubiera adivinado como escaleras. A gatas, escuchando de fondo las risas de Airzlin y Úrnasthir, lento pero seguro, subí cada peldaño hasta alcanzar la cima de aquella mágica escalinata. Nirblin imitó mi técnica; él, sea dicho de paso, la ejecutó con más soltura.

—¿Os parece gracioso?! —abronqué encima del camino que no veía—. ¡Estoy al mando! ¡No hay tiempo para estupideces! —Los elfos se quedaron boquiabiertos. El menudo, a mi espalda, observaba la reprimenda al igual que ellos: sorprendido.

Intenté alargar la pantomima tanto como pude, que no fue mucho. Mas al fin, emití una carcajada que se extendió más allá de nosotros, espantando a una bandada de pájaros que, abajo, descansaba en las ramas de un árbol. Airzlin y Úrnasthir tardaron en cambiar sus atribulados semblantes, en mutarlos de la tensión al relajamiento.

—¡Tendríais que haberos visto las caras! —exclamé riendo, escuchando a Nirblin hacer lo mismo.

Los elfos se miraron y sonrieron, imitando nuestro gesto.

«Parece que fluye el buen ambiente —pensé al advertir su reacción.»

Olvidar las preocupaciones, aunque por un instante, nos vino bien para regenerar espíritus.

Tras la estela de los elfos, caminamos sobre la interminable y estrecha pasarela —además de invisible—. Por lo general, avanzábamos en línea recta. Aun así, no desviaba la vista de aquellas majestuosas criaturas. Un paso en falso y caería al vacío; despeñamiento que por tramos superaba el medio kilómetro.

Las almas les convocaron. Primero a diez, luego a veinte, hasta formar un pequeño ejército a nuestros pies: Nábzangs sedientos de muerte.

El obstáculo del tiempo no corroía sus básicas mentes; disfrutaban de la eternidad para rastrear, acechar y eliminar.

—Dejarán de perseguirnos —transmitió Úrnasthir con voz solemne—. Superaremos la cordillera de Abalir en breve. Podremos incluso divisar la garganta de İoabdil desde las alturas, a lo lejos.

—¿Estarán allí? —me pregunté al recibir la información—. ¿Resguardarán sus almas en el

refugio elfo?»

El corazón me decía que sí, pero el miedo se negaba a secundarle.

El camino fue elevándose progresivamente hasta alcanzar cotas de vértigo. El frío y el viento se sumaron al inconveniente de no ver por dónde pisábamos, aumentando así la acongoja y la tensión que venía acompañándonos desde el inicio del recorrido. Con la mirada fija en los pies de los que me precedían, entretanto luchábamos contra ventiscas heladas, con los músculos entumecidos..., lo vi: Íoabdil; y mi pulso se aceleró.

La garganta se abría como una herida en la cordillera de Abalir, dejando distinguir sus altas murallas; inmemoriales piedras que protegían a los supervivientes de la creciente debacle. Ante la fortificación, lo que acababa de helar mi sangre: miles de Nábzangs, de pie, quietos. Un baile de llamas ondulantes, naranjas, amarillas, rojas..., un bosque de fuego ante las puertas del refugio elfo.

—Esperan —dijo Airzlin—. Pacientes, acecharán hasta matarles de inanición. Su meta es la muerte, y se servirán de cualquier arma para alcanzarla. No pueden traspasar sus robustos muros, así que aguardarán tal y como les veis, con la única finalidad de extinguir las almas que no pueden tomar.

De pronto, justo al término de las explicaciones de la hermosa elfa, el cielo se tornó oscuro como el tártaro; tan negro, que su origen se manifestó como antinatural. Y bajo esa triste capota que acababa de nacer sobre nuestras cabezas, se escuchó una voz proveniente de ninguna parte y de todos lados, que yo identifiqué de inmediato: Braithru:

—No hay dónde escapar —pronunció el hechicero. Su voz parecía emerger de las mismas nubes—. Podéis elegir cómo morir, nada más: desfallecimiento o fuego. El mundo renacerá de entre las llamas para erigirse como uno mejor, tejido con magia y barro. Es inevitable. Se acerca el fin para todas las razas.

«Está vivo. Le dimos por muerto. Craso error.»

Las renegridas nubes desaparecieron, reinando el silencio en las alturas.

—Braithru —dije en voz alta—. El hechicero real no murió como auguramos, ni erró en sus maquinaciones. Su plan nunca fue coronar al rey Úbklar, sino a sí mismo. Sembrar el mundo de Nábzangs para una vez «limpio» de vida repoblarlo a su antojo; o como el mismo ha dicho: «... renacerá de entre las llamas para erigirse como uno mejor, tejido con magia y barro».

—Creo que los destinatarios del mensaje no éramos nosotros —expuso Nirblin, siempre a la retaguardia de la fila—, sino a los que se protegen de sus esbirros. —Señaló al refugio elfo, sobre las murallas del cual se apreciaba a varios soldados montando guardia, inquietos—. Pretende atemorizarlos, prender la llama del pavor en sus almas.

Úrnasthir asintió, hablando tras la exposición del menudo:

—Si nos hubiera visto, muy probablemente habría intentado apearnos del camino. O quizá su poder esté debilitado, quién sabe. «Resucitar» a los Nábzangs costó mucha energía, seguro.

—Es inútil conjeturar —expuso Airzlin con voz rotunda—. Con hechicero real o no, el propósito del viaje es y será siempre el mismo. Debemos continuar. El tiempo de los hombres se agota.

Y es lo que hicimos: caminar y caminar sobre aquella inmensa, translúcida y angosta pasarela.

Nirblin se limitaba a transitar en apariencia tranquilo, canturreando en algunos tramos, silbando en otros, pero yo dudaba de su armonía. No hay estado que no se refleje en un par de ojos: miedo, tristeza, enfado, sorpresa... Se puede fingir, sí, mas no existe emoción que escape al dictamen de unas pupilas. Y las del nerz, a cada paso que nos acercaba al Monte Renacido, confesaban una lacerante y amarga incertidumbre.

Saltar

Atrás quedaron las montañas, caminando a alturas idóneas para contemplar el mar, que pintaba de azul los confines del globo. De nuevo, abajo, cientos de Nábzangs nos perseguían, acosaban nuestras almas «errantes». Y ni rastro de hombres, enanos, elfos, nerzs..., un incendio les había hecho huir o desaparecer.

—Es el momento —dijo Airzlin al tiempo que se giraba al frente de la hilera y mostraba tres frascos transparentes—. Bebed su contenido antes de adentraros en el océano.

«A fin de cuentas —pensé entretanto observaba cómo se lo daba a Úrnasthir—, es ella quien comanda. Me alegra que él acepte lo que es una obviedad, por mucho que la teoría diga que soy yo quien da las órdenes. Este viaje parece estar uniéndoles, desprendiendo de sus corazones aquello que un día les distanció.»

Ni siquiera pregunté qué clase de pócima contenían los pequeños recipientes. Intuí un «ya lo veréis» como respuesta, así que desistí. Airzlin no dejaría pasar la oportunidad de contemplar —de nuevo—, nuestras caras de asombro. Supuse que los brebajes nos otorgarían algún tipo de facultad. Lo que no intuí, fue que a punto estábamos de vivir la experiencia más increíble de nuestras vidas.

—Toca saltar —anunció Úrnasthir cuando el mar se encontraba a escasos diez metros.

Una bonita playa de arena blanca, enturbiada «solo» por los engendros que seguían nuestros pasos, brillaba por obra y gracia de los rayos del sol. Veinte metros, quizá más, nos separaban de aquellas partículas que aparentaban oro blanco.

El elfo paró en seco cuando solo podía verse un inmenso azul, se bebió el brebaje, alzó los brazos en cruz y se dejó caer al vacío como un halcón tras su presa, ante la atónita mirada de los presentes —la elfa más bien sonrió—; y quebró la superficie del océano adentrándose en sus profundidades. Le siguió su congénere, que adornó la caída con un par de tirabuzones de lo más espectaculares.

«Estos elfos... —pensé mientras me acercaba a ese borde que ni siquiera veía.»

—¿Saltamos?

—Qué remedio —musitó Nirblin mostrando una expresión contraída, aunque vivaracha.

Se colocó a mi derecha y me agarró de la mano. Le sonreí. Me devolvió el gesto.

—Yo voy a saltar de pie —dije guiñándole el ojo—. Pero no se lo cuentes a nadie, ¿de acuerdo?, o mi reputación como comandante del Ejército Átreko podría verse afectada.

—Te doy mi palabra.

Me devolvió el guiño.

Y saltamos cogidos de la mano, emitiendo un estridente grito que no desentonó en absoluto con nuestro antiestético descenso.

El impacto nos separó las manos. Intenté bucear, alcanzar la superficie en busca de oxígeno; no pude. Aguanté la respiración mientras mi cuerpo descendía sin remedio, se hundía hacia las

profundidades. Nirblin «caía» con los carrillos inflados a escasos metros de mí, moviendo los brazos sin cesar, desesperado, «remando» contra esa extraña corriente que nos arrastraba a lo más hondo de aquellas aguas cristalinas. Las líneas de luz que se dibujaban sobre nuestras cabezas se alejaban poco a poco, así como el aire más allá de ellas; aire que nos faltaba. Y mis pulmones no aguantaron más. Nos miramos y vimos cada uno en los ojos del otro el miedo a morir ahogados; y ambos abrimos la boca al tiempo que noté cómo mis pies tocaban «tierra». Mas no tragamos agua, respiramos. Lo que nos entró fue un oxígeno tan puro que lo inhalamos con fuerza, como un soplo de aire fresco.

Nirblin me miró con los ojos muy abiertos, ambos ya de pie.

—No nos estamos asfixiando —dijo como si no estuviera en el «suelo» del mar, escuchándose perfectamente.

Moví las manos y no sentí ralentización alguna. Tampoco mis ropajes se advertían mojados, ni siquiera húmedos, y mi piel se mantenía igual que antes del salto. Me trasladaba sin impedimento alguno sobre aquel espacio diferente. Nuestros organismos no padecían la presión hidrostática que, de no haber bebido los mágicos brebajes, ejercerían las profundidades. Habitábamos el lugar como pez en el agua, nunca mejor dicho.

—No negaréis que es de lo más práctico —escuché a mi espalda—. Una buena forma de trasladarse sin ser visto, ¿verdad?: una etapa por los cielos; otra bajo el mar.

«Neërlin no mintió —pensé mientras observaba cómo los elfos se acercaban orgullosos.»

Mis ojos, una vez recuperados del impacto inicial, empezaron una exhaustiva contemplación del entorno, a deleitarse con estampas inigualables. Airzlin y Úrnasthir abanderaron la marcha sobre un camino trazado sobre el fondo marino; y cada paso se tradujo en vistas inolvidables.

Todo resultaba increíble, a la par que surrealista. El hecho de andar por travesías subacuáticas como lo haría más allá de la superficie, sin notar el agua ni las corrientes marinas, provocaba en mí una sensación de desasosiego. Pero al mismo tiempo, me hacía sentir un privilegiado; semejante experiencia no estaba al alcance de cualquiera.

Vi bancos de peces que asemejaban estorninos surcando el cielo, tortugas que volaban sin alas, mantas que parecían buitres acechando... La luz que filtraba la superficie —no demasiado alejada—, coloreaba de un azul claro, casi blanco, aquel paisaje repleto de montañas, puentes, cuevas, bosques de coral..., un mundo más extenso incluso que el «exterior».

Mientras atravesábamos los restos de un galeón perforado —supuse que por los elfos—, Airzlin habló entretanto yo me deleitaba con la nave hundida —probablemente en batalla—, que todavía lucía sus cañones por proa:

—El efecto de la magia no durará —advirtió la elfa—. Debemos caminar sin descanso. En unas horas llegaremos al pie del Monte Renacido. Allí habrá que correr; no existe otra forma de alcanzar su cima. Bajo el agua no detectan nuestras almas, pero en cuanto salgamos seremos una presa fácil. Conozco un refugio donde podremos descansar durante el ascenso.

El tiempo aconteció fugaz. Lo hermoso del trayecto facultó que las horas pasaran volando.

Junto a una inmensa montaña que se elevaba más allá de la superficie, a apenas veinte metros de profundidad, nos detuvimos.

—Hemos llegado —anunció Airzlin—: la base del Monte Renacido. Tomad. Bebedlo. Es el «antídoto».

Nos entregó unas pócimas idénticas a aquellas que les habían proporcionado a nuestros organismos las facultades de un animal acuático —incluso sabían igual—. Tras ingerirlas, nos

elevamos como seres «terrenales», notando cómo se nos empapaban las ropas, se nos pegaban a la piel —incluso tragué un poco de agua durante la ascensión—. No tardamos en flotar, mojados de arriba a abajo.

—Nada —percató Úrnasthir extrañado. Los demás respiramos aliviados.

Ante nosotros solo podía verse una alta montaña, olas golpeando en su pie y unas escaleras talladas en la misma roca: ruta a seguir.

El sol se acercaba a su ocaso, tiñendo el cielo de un naranja pálido. Media hora más y pasaría a ser negro carbón, dificultando la subida.

En absoluto silencio, ascendimos ladera arriba por un estrecho camino. A nuestra derecha, la dura montaña; a nuestra izquierda, nada: el vacío. Rodeando el Monte Renacido anduvimos entre la acongoja y la satisfacción de no percibir rastro del enemigo.

«No pueden estar en todas partes, ¿no? —me dije en un intento frustrado por tranquilizar mi espíritu.»

El frío calaba en los huesos como el fuego en un tronco seco mientras la nieve empezaba a avistarse a lo lejos.

Úrnasthir se detuvo mientras yo enviaba vaho a mis manos heladas, frenando con su acción el avance de todos.

—Nos acechan —musitó con los ojos muy abiertos—. Algo está a punto de asaltarnos.

Se escuchó un estruendo. Una especie de lobo enorme aterrizó en medio de la senda.

—¡Atrás! —gritó el elfo—. ¡Es un coldbluth de sangre!

Jamás contemplé un ejemplar así; tan negro, grande, de un pelaje tan brillante, de unos ojos tan inmensos, de una mirada tan penetrante como las tinieblas; esas que, poco a poco, parecían cernirse sobre nosotros.

Presentaba dos colmillos de al menos veinte centímetros, relucientes, empapados en abundante sangre. Escupía espumarajos; gotas que de sus afiladas puntas caían como lágrimas venenosas.

Desenvainé a Thundir y me coloqué al costado del elfo.

—¡Protege a Nirblin! —ordené a Airzlin.

Al fin pude ejercer de líder.

Úrnasthir tensó su arco y susurró como si la bestia pudiera oírle:

—Yo a la cabeza y tú a los pies —aconsejó mientras el coldbluth se acercaba despacio, gruñendo, presto a devorarnos—. No ataques de frente o te partirá en dos con sus garras.

«Alentador —pensé al tiempo que experimentaba un miedo atroz, una tensión cortante.»

—¡Ahora! —anunció soltando la cuerda de su arma.

Entonces escuché la voz de Airzlin:

—¡No! ¡Ahora no!

Espada en alto, abalanzándome ya contra el animal, giré el rostro un ínfimo instante; suficiente para advertir lo que acababa de sobresaltar a la mujer que protegía con sus brazos al menudo: al final del camino, la lumbre de un fuego se acercaba.

Elegidos

La flecha impactó en el ojo izquierdo de la bestia, que entre alaridos alzó sus dos patas delanteras. En ese exasperado movimiento vi la oportunidad de finiquitar la refriega nada más empezar; craso error. Intenté clavar a Thundir en su pecho, pero el coldbluth se percató de mis intenciones —todavía le quedaba un ojo—, y me lanzó sus garras. Esquivé el zarpazo; no pude evitarlo del todo. Sentí cómo sus uñas recorrían la carne de mi rostro, lo «acariciaban» de extremo a extremo. Por un momento pensé que me había arrancado los globos oculares. Inmerso en una borrosidad total, me centré en la gran mancha que se movía a pocos metros de mí, el coldbluth, y las dos más pequeñas que intentaban sobrevivir no demasiado lejos de sus fauces. Nirblin formaba parte de un solo borrón; se escudaba en los brazos de la elfa.

«Me comerá vivo —lamenté dolorido, mareado y confuso, distinguiendo apenas los tres bultos—. Clavará sus colmillos en mi pecho y me partirá en dos.»

Me froté los ojos y pude aclarar un poco la vista, atendiendo a cómo el elfo mantenía a raya al enorme y atezado lobo. También vi a Airzlin posicionada como lo estuvo antes de «morir» sepultada por los seres que se aproximaban ladera arriba.

«Sé que no estás rezando —cavilé aún trastocado—. Sálvalo, por los dioses. Él no puede sucumbir.»

Su mágica voz se escuchó en aquel camino acechado por ambos flancos, mezclándose con un grito de rabia surgido de mi garganta.

«No hay tiempo. Hay que acabar con esto.»

Me lancé bajo el coldbluth, por entre sus patas. Una flecha rozó mi faz empapada en sangre.

El miedo y el frío se desvanecieron como un barco a la deriva. No importaba fenecer allí si la misión proseguía, si el menudo lograba resistir. Formaba parte de un grupo designado para salvar el mundo —un honor luchar por la continuidad de la vida junto a ellos—: un guerrero elfo, una princesa, un nerz de pura alma y yo, el comandante del ejército átreko; y como tal debía actuar.

Atravesé al lobo de abajo a arriba, asomando la punta de Thundir por su lomo, rodando para escapar del cuerpo herido de muerte. La bestia se desplomó; a punto estuvo de tragarme con su panza abierta.

Desde el suelo, regado en vísceras sangrientas, avisté cómo los Nábzangs se encontraban ya a menos de cien metros de distancia, y cómo la ladera de la montaña se derrumbaba a los pies de la mujer que parecía clamarle al cielo.

Los engendros se golpearon contra la piedra desprendida, contra la barrera natural que Airzlin, con su magia élfica, había erigido en el camino.

—¡Hay que seguir! —vociferé mientras las aberraciones se amontonaban al otro lado de las rocas.

—No podemos escapar —sentenció Nirblin—. Mirad.

Eran tantos, que se solapaban unos a otros, escalando así el escollo. Los que caían, cedían su cuerpo a los que llegaban, y así sucesivamente. Una montonera de seres infernales que se precipitaban montaña abajo, pero que también se elevaban como la espuma de una pinta.

Ni una sola palabra. Cada cual se dispuso a morir a medio ascenso, muy cerca de la meta. Cada uno pensó en sus seres queridos, en lo que a punto estaban de dejar atrás.

El primer Nábzang que encumbró la elevación se lanzó llamas en alto hacia nosotros. Y la

montaña se quebró a nuestra izquierda. Una grieta se mostró indolente, cediéndonos un lugar por el que escapar. «Entrad, elegidos», se escuchó de lo profundo del corte.

E introdujimos nuestros cuerpos en la piedra, cerrándose cuando el Nábzang ya estiraba los brazos dispuesto a achicharrarnos con un mortífero abrazo, alejándonos de su «calidez».

Tras la huida, aparecimos ante ocho hombres encapuchados. Las entrañas del Monte Renacido actuaron como un mágico atajo, conduciéndonos a aquella sala de paredes grises; frente a los magos del Concilio Negro.

La cara me palpitaba como un corazón enamorado, transportándome a la flamante refriega que, con la ayuda de Úsnarthir, yo mismo había resuelto.

«Puede que la próxima vez no tengas tanta suerte —medité abstraído—. Demasiado cerca has estado de morir. »

Alzaron los brazos al unísono y se despojaron de las capuchas que ocultaban sus rostros. Ocho ancianos de piel rugosa, ojos claros y pelo blanco; parecían gemelos.

«Nos han ayudado a llegar aquí, salvándonos la vida, ¿no? —me alenté.»

Ubicábamos el lugar idóneo. La primera parte del objetivo se había cumplido y, aun así, la fatiga y la desconfianza no me permitían alcanzar la dicha.

Uno de los magos se acercó a Nirblin.

—Mi nombre es Rainzurl. Acompáñame. —Alzó su decrepita mano, ofreciéndosela al menudo—. El camino se bifurca y he de prepararte para el cometido que se te ha encomendado.

Nirblin se alejó de la mano del mago.

«Rainzurl —recordé—: quien encontró y adiestró a Zristheron, el elegido de las leyendas. ¿Serían ciertas?»

—Soy Valdewin —dijo otro de los ancianos al tiempo que sus compañeros se daban la vuelta, dejándonos a solas con él—. Seré el encargado de encaminaros mientras el nerz busca el yacimiento de ioradita.

Nos emplazó a una pequeña estancia con varios fogones y una mesa circular, invitándonos a sentarnos en ella.

—Tendréis hambre —preguntó retórico—. Os prepararé una sopa bien caliente.

Nuestro silencio otorgó.

El mago del Concilio Negro parecía ir tornándose un hombre «terrenal». Lo solemne de su bienvenida, sus trascendentales voces a través de la grieta, las capuchas negras..., parecían ir dando paso a una atmósfera más «informal». El ambiente varió a uno más llano, hogareño..., el calor que inundaba la estancia del..., ¿monasterio?, reforzaba dicho bienestar.

Úrnasthir y Airzlin observaban en silencio, expectantes, deseosos por saber. De sobra era conocido el talante de los elfos, su paciencia, su característica idiosincrasia... Y aguardaron estoicos, confiando que el erudito aderezara la sopa con buenas noticias.

Repartió el caldo en tres cuencos, deslizándolos sobre la mesa hasta colocarlos bajo nuestras narices; olían a gloria. Se sentó, clavándonos la mirada sin pudor, observándonos uno a uno mientras sorbíamos.

Recordé a Drenaen y lo que prometí. Quizá podría llevar finalmente a cabo mi promesa.

«Matarle será un placer, Drenaen —cavilé como si él pudiera oírme—. Ten por seguro que lo intentaré; me vaya la vida en ello.»

—El nerz debe partir solo —comunicó el mago tras el minucioso «repasso»—. Solo por tierra puede accederse al yacimiento. Mas ni siquiera nosotros conocemos su ubicación.

Aquello nos trastocó; solo había que mirar las caras de los elfos.

—¡Nos aseguraron que aquí hallaríamos un mapa! —recriminó Airzlin visiblemente airada—. ¡¿Hemos arriesgado la vida para nada?!

—Que no sepamos su emplazamiento no significa que no podamos guiar al menudo. Ahora es nuestra preocupación, y debéis confiar que le orientaremos lo mejor que sepamos. Llevamos milenios esperando al elegido.

—¿El elegido? ¿Otro Zristheron? —pregunté temiendo por el destino de Nirblin.

—Zristheron es solo una metáfora del bien contra el mal —explicó Valdewin—. Hubo otros antes que han combatido contra enemigos diversos: ejércitos interraciales, magos con poderes extraordinarios, muchachos capaces de cabalgar a lomos de un dragón..., y ahora un nerz de alma pura.

—¿Y qué hacemos nosotros? —consultó Úrnasthir.

—Los elfos volveréis a Trylbrin. Una vez se halle la ioradita ha de ser extraída y transportada a las fraguas de Īoabdil y la ciudad enana de Khala-Zhalin. La magia élfica erigirá una vía que comunique el lugar que Nirblin encontrará con dichas ubicaciones. Y debéis obrar con diligencia.

—Así será —garantizó la hija del rey Neërlin.

—Y tú, Astheron, marcharás a Īoabdil a disponer la batalla que se avecina. Mas ten cuidado: Braithru guía a la horda apostada a las puertas del refugio elfo.

«Necesito que estéis ahí —cavilé, por un momento, henchido de emoción y miedo—. Sois la piedra angular que sustenta mis esperanzas. He de encontraros sanos y salvos, o aquello que me da fuerzas se desvanecerá junto al dolor.»

Solo

NIRBLIN

—Donde apunta la ondeante espada azul, bajo el puente de cabellos guidores, en el vaporoso extremo de una flecha pétrea —susurró el mago de nombre Rainzurl—: las últimas palabras de un hombre moribundo, Nirblin, el postrero conocedor del lugar que has de encontrar. El Valle de Abduil fue señalado como el lugar donde hallarás el yacimiento; vasto, sí, mas menor que el mundo entero. Te preguntarás por qué nadie lo ha buscado antes, y la respuesta es sencilla: no hay mejor lugar para esconder algo de incalculable valor, que allí donde nadie sabe que está. Neërlin os ha enviado a este espacio de meditación y conocimiento para dar con las pistas que ofreció el minero hace centurias, y que solo aquí pueden hallarse. —Se señaló la sien derecha—. Pero el rey también sabía que desde lo alto del Monte Renacido es fácil orientarse: el Valle de Abduil está a un solo día de camino. Deberás viajar hacia el sur sin tomar senda o camino, veloz a través de bosques y arboledas, con los ojos bien abiertos, pues el enemigo se anuncia con fulgor y fuego. Sabrás que radicas en el valle cuando el musgo rojo invada la base de los troncos. —El mago me miró y me acarició el rostro, sonriéndome condescendiente. Yo sentía una intranquilidad brutal; tanto fue así que empecé a marearme—. Confiamos en ti, nerz de nombre Nirblin; haz tú lo mismo. »Despídete de tus amigos. Aguardan fuera.

Tres amplias sonrisas me esperaban. Me lancé a los brazos de Ástheron y sentí cómo me apretaba contra su pecho. Luego me abalancé contra Airzlin y Úrnasthir, fundiéndonos en un abrazo triple. No pude evitar soltar una lágrima colmada de miedo y nostalgia. El recuerdo de Gárgol y Ásdrabal, el camino recorrido y el que quedaba por andar, la amistad fraguada en la lucha, el miedo ante el incierto futuro que se cernía sobre mis hombros como un tsunami de fuego...: un cúmulo de sentimientos que se apelotonaban en mi cuerpo no dejando reposar en paz.

—Ten mucho cuidado, amigo —musitó Ástheron—. Y no te quepa la menor duda: nos volveremos a ver tras la batalla. Yo pago la primera ronda, ¿de acuerdo?

Me guiñó el ojo mientras a mí se me revolvían las tripas de pensar en cualquier licor. Me sentía colapsado, saturado por lo vital de mi misión.

«No es justo que mi fracaso se traduzca en el de todos. No es justo que el peso del mundo recaiga sobre mí. No es justo que la vida de todos dependa de un ser tan minúsculo como yo. No es justo.»

—No pueden detectarte, Nirblin —recordó la elfa entremezclándose en mis pensamientos, como si creyera que había olvidado tan importante detalle—. Así que ocúltate en las sombras. La mayor parte de los Nábzangs se agrupan ante las puertas de İoabdil y Khala-Zhalin. Lo lograrás, menudo.

Se inclinó y me besó en la frente, y sus labios rozaron mi piel como una nube acaricia el mar; tan dulcemente, que mis ojos se cerraron.

«¿Y si no lo consigo?»

Raizurl me condujo antorcha en mano por el interior del Monte Renacido, por un estrecho pasadizo de piedras negras y húmedas eludiendo así a los Nábzangs que persistían en el exterior. Al llegar a su pie, me entregó una daga de filo azul.

—Cuando encuentres el yacimiento, clávala en la ioradita y espera.

Fue todo. Partí con la única compañía de una alforja y un odre; la comida y el agua justas para marchar veloz.

Ah, me olvidaba: y Thundir, por supuesto.

Caminé por un bosque de altos pinos durante horas, intentado vaciar mi mente de esos malos pensamientos que me escoltaban desde el inicio del viaje; no pude lograrlo de forma alguna. Cuando el hambre aparecía, trepaba a lo alto de un árbol de ramas bajas: la única manera de ingerir tranquilo. En una de esas paradas, fue cuando le vi. Andaba solitario. Parecía incluso preocupado, como si dentro de su piedra infernal habitara algún tipo de ser consciente. Le observé. Husmeaba.

«¿Rastrea almas o busca a sus «compañeros»?»

Pronto se dilucidaron mis dudas: tras él, el rojo característico de sus «pieles» asomó por entre los pinos. Al menos cincuenta Nábzangs seguían a aquel que para nada estaba solo.

«No hacen más que andar a la caza. No hay vida en ellos, solo ansias de matar. ¿Quién crearía semejantes criaturas? ¿Y para qué? —De inmediato advertí lo estúpido de mis preguntas, respondiéndome a mí mismo: un arma para erradicarlo todo—. Esta vez me ha salvado el hambre. Quizá la próxima vez no tenga tanta suerte.»

Esperé al menos una hora acariciando la fría hoja de Thundir: me tranquilizaba hacerlo. Tenía tanto miedo que sopesé pasar la noche en aquella rama. Pero no podía. No podía permitirme nada, ni siquiera tener miedo. No era más que un siervo de la vida, el utensilio que usaba para salvar la de todos.

«Un día de camino —me dije cuando el sol se situaba donde lo divisé al partir—. ¿Me he perdido? No, por los dioses, no puede ser.»

La ansiedad me echó el guante. Mi corazón palpitaba preocupado, temeroso por dilapidar el porvenir de todos los seres que amaba —y también los que nunca había conocido—. Juraba y perjuraba haber transitado hacia el sur, pero la duda se manifestaba en mí de forma penetrante y aguda.

Había pasado la noche bajo el cobijo de la oscuridad; por suerte, ni rastro de Nábzangs. No dormí un segundo. Caminé intentando mantener la mente en casa, en los amigos, en la familia..., pero el cansancio y el temor a un encontronazo fatal dilapidaban una y otra vez cualquier empeño por recordar tiempos felices.

Transitaba por un frondoso bosque cuando avisté un barranco a escasos cien metros de distancia, y un fuerte claror allí donde terminaba la espesura. Acercándome al saliente, sonreí por primera vez desde el inicio del viaje; también por primera vez, el musgo se dejó ver rojo a los pies de los árboles.

Y entonces vi el Valle de Abduil.

«Dios mío, ¿cómo voy a encontrar nada en este inmenso paraje?»

Me senté al borde del precipicio y por un segundo imaginé que un Nábzang me agarraba del cuello y me arrancaba la cabeza de cuajo; y sentí un alivio inmenso.

«Donde apunta la ondeante espada azul, bajo el puente de cabellos guiadores, en el vaporoso extremo de una flecha pétre...»

ÁSTHERON

Los elfos me acompañaron. Me despedí de ellos y les juré cumplir con el deber que me había arrastrado a la garganta de Ñobdil. Con una cuerda descendí a una ladera colindante, muy cercana a la explanada donde los Nábzangs aguardaban y aguardarían hasta alcanzar su meta. Desde el camino mágico resultó imposible acceder directamente al refugio, e incluso debería correr por la llanura a merced de los Nábzangs para alcanzar su «puerta trasera», una pequeña y escondida entrada de piedra que solo los elfos conocían, y de la que ahora yo poseía llave.

Escondido tras las rocas observé al ejército invasor; el mayor que cualquier hombre hubiera visto nunca. Esperaban a más de medio kilómetro de distancia, y las palabras de Valdewin resonaron en mi cabeza como un insistente eco: «Y tú, Astheron, marcharás a Ñobdil a disponer la batalla que se avecina. Mas ten cuidado: Braithru guía la horda apostada a las puertas del refugio elfo».

De estructura circular, no obturaba la garganta por completo; por sus costados quedaban dos estrechas pasarelas, pudiendo ser rodeado. Dispuesto a pisar tierra firme, cavilé varias formas de aprovechar en batalla aquella aparente «desventaja» —sabía que los elfos no erraban en sus diseños, y que aquellas estrecheces estaba allí por algo—.

Por suerte, los engendros perseveraban ante la puerta principal, y la gran masa de almas ubicada en el interior evitaba que me detectaran —o en eso confiaba—. Pero... ¿Y cuando estuviera a un centenar de metros? Por mucho que nos separara la gran edificación, ¿seguiría fuera de su alcance? ¿Y si quien me localizaba era Braithru?

Corrí sin pensar. No podía verles. Altas murallas dividían a un hombre de su enemigo. Avancé sintiéndome indefenso; no blandía ya a Thundir, aunque de poco me iba a servir contra una hueste infernal.

Quedaba un trecho cuando el suelo tembló a mis pies; sacudidas que anunciaban el avance de un ejército sublime. Y los costados del refugio, por el hueco que quedaba entre los muros y la piedra, reflejaron el amarillo de las llamas. Venían a por mí y no tardarían en emerger como dos ríos de lava. Apreté los dientes y aligeré como no había aligerado nunca, alcanzando la puerta mimetizada en la fortaleza. Metí la llave cuando por mi izquierda brotó una serpiente de Nábzangs; no tardó en aparecer otra por mi derecha. Los reptiles doblaron sus cabezas abalanzándolas sobre mí, dibujando en la llanura un irregular corazón de fuego.

Mas era ya tarde para devorar al comandante del ejército átreko.

Jadeante ascendí por un oscuro pasadizo. Subí escaleras con los nervios a flor de piel, la esperanza pendiendo de un delgado hilo; esperaba en breve se tornara dura como el filo de una tizona. Por mucho que peleara por el mundo, sin mi mujer e hijo este carecía de sentido. Y aunque no iba a dejar de defenderlo —siempre me quedaría la venganza—, con ellos las ganas de salvarlo aumentaban. Quizá parezca egoísta, pero es lo que sentía.

Al término de los peldaños apareció otra puerta oculta a todo ojo desconocedor. Aparecí en lo alto de las murallas, ante el ejército Nábzang. Un soldado se alertó a mi izquierda.

—¡Ni un solo paso! —gritó desenvainando su espada, acercándose alterado—. ¡¿Quién eres?!

— Tu comandante, Traulir —contesté alzando los brazos, intentando tranquilizar su ímpetu. Le conocía desde hacía años—. Tranquilo, muchacho, he venido a ayudar.

El soldado achinó los ojos. Supongo que los cortes en mi cara, sumado al desaliñado aspecto que presentaba, le confundieron.

—Es... Es usted, mi comandante. —Se arrodilló ante mí tras mostrar en sus ojos la desesperación—. Le dábamos por muerto.

Le agarré del mentón y levanté su rostro, que reveló unas pupilas cristalinas.

—Pues estoy muy vivo, Traulir. Y después de un largo viaje, os traigo esperanza.

Se levantó y me abrazó con fuerza.

—Su mujer e hijo están aquí —susurró en mi oído—. Supongo que lo sabe.

—Ahora sí.

«Y ahora no voy a permitir que nadie vuelva a separarme de ellos. —Pensé en Nirblin, en dónde estaría en ese preciso instante—. Aunque en realidad no solo dependa de mí.»

Apreté con brío al soldado para que no pudiera advertir mis lágrimas.

Abduil

NIRBLIN

Observé lo hermoso de las vistas: riachuelos que rayaban de azul los verdes contornos de los árboles y las plantas; bajos montes que ondulaban dibujando sobre el terreno sinuosas formas femeninas; pájaros revoloteando por doquier, marcando de puntos negros y alados el atildado cielo... Absorto en la naturaleza reparé en lo mucho que añoraba el calor del hogar, los buenos amigos, una pinta rebosante en la cantina del bueno de Piper 'el gordo'. Echaba de menos a mis colegas Duir, Camilon y Lasur, y nuestras largas charlas a la lumbre de un buen fuego. Esperaba volver a verles, compartir de nuevo buenos momentos con ellos. Y en realidad, que sucediera o no dependía en gran parte de mí.

Alcé a Thundir dispuesto a proseguir, encontrar el yacimiento de una vez por todas, y rememoré las últimas palabras del minero: «Donde apunta la ondeante espada azul, bajo el puente de cabellos guiadores, en el vaporoso extremo de una flecha pétrea».

—Tú no eres azul —le dije a la espada como si poseyera vida. Apuntaba con su filo negro al horizonte.

«Ondeante y azul... —cavilé mientras señalaba con su punzante extremo al mayor de los ríos que se divisaba desde el acantilado.»

—¡Ondeante y azul, claro!

En el afluente más caudaloso se divisaba un puente que, visto desde un ángulo distinto, podría asemejar la empuñadura de una espada de filo ondeante y azul, como describía el acertijo. Así que me dispuse a alcanzarlo en busca de una pista que seguir —mi única alternativa, por otra parte—. Y lo hice decidido, incluso embargado por un ápice de optimismo, pues, al menos desde el borde del precipicio, no se apreciaban señales de fuego ni resplandor.

Tardé dos horas en llegar. En el límite del acantilado, alineadas con el puente, apilé una gran montonera de piedras que me sirvieran de orientación una vez abajo —y bien que me ayudaron cuando «perdí el norte» en el valle—.

Lo vi de cerca y mis esperanzas se acrecentaron. Los extremos del puente se alargaban más allá del caudal del río, recto como un hilo, pareciendo, como sospeché desde lo alto, la empuñadura de una espada. Y a lo lejos, justo antes de torcerse su cauce, la linde dibujaba una arista: la punta de la ondeante espada azul.

La seguí hasta encontrarme en una pradera de puentes antiguos que no llevaban a ninguna parte. De nuevo, tras el conjunto de arcos, un barranco se divisaba en el horizonte.

Casi parecía que un gigante había posado las pasarelas de piedra sobre el verde de forma artística, con la intención de decorar aquel pedazo de tierra. Crucé muchas de aquellas obras desperdigadas a lo largo y ancho de la hierba, reconociendo en ellas la mano enana, la elfa, la humana... Formas de arquitectura distintas aunadas en una planicie extraña. Me dejé embelesar por la tranquilidad, el cantar de los pájaros y el silbar del viento.

Aparté una hiedra que descendía de una de aquellas reliquias inmemoriales y me detuve en seco, pensativo: «Bajo el puente de cabellos guiadores.» Miré a mi alrededor y no vi otro que hiciera gala de una trepadora semejante, y recordé a mi profesora de naturaleza, la señorita Ovelia: «Planta de guía, también conocida como enredadera, escandente, liana, rastrera, voluble y guiadora».

—Planta guiadora —discurrí en voz alta, más bien en un susurro—. Cabellos guiadores... Bajo el puente de cabellos guiadores.

«La ioradita está bajo mis pies, en las entrañas de la pradera.»

ÁSTHERON

Les encontré en un gran comedor repleto de mantas. Mesas y «camas» se desperdigaban por la sala de amplios ventanales, ofreciendo a la vista una estancia de rayos de sol perpendiculares; lanzas de luz apoyadas en paredes de piedra rojiza. Mujeres, niños y ancianos sobrevivían al vendaval Nábzang; y en sus ojos pude ver la tristeza extrema. Escuché murmullos: «Es Ástheron, el comandante de nuestro ejército»; «Le creían muerto y ahora está aquí, ha venido a socorrernos»...

«Me creen su salvación —cavilé mientras mi familia corría a mis brazos—. Y tal vez ya nadie pueda salvarlos.»

Nos abrazamos como si el mundo dependiera de ese abrazo, como si en vez de un anhelado reencuentro estuviéramos dándonos un último adiós. Ni siquiera mencionaron los cortes de mi rostro.

Miré a mi alrededor y advertí un detalle que hasta entonces no había percatado: Ìoabdil no mostraba una arquitectura élfica, sino humana. Cierto que ellos la construyeron, pero..., ¿lo hicieron con la intención de salvaguardarnos? Cada vez lo tenía más claro: sí. Su cercana ubicación a Átreka y ahora esos frisos y decoraciones humanas...

«¿Qué escondes, rey Neërlin?»

—He de iniciar los preparativos de la batalla de inmediato —le dije a mi esposa con Tywren entre las piernas, agarrado a ellas como si temiera fuera a marcharme de nuevo—. Esta noche cenaremos los tres juntos, ¿de acuerdo?

—Claro, amor. —Me miró con unos ojos llenos de cariño—. Tras ponerme en lo peor, no importa ya el lugar ni el cómo; solo quiero tenerte cerca.

—Todo acabará pronto, lo prometo. Y volveremos a estar juntos como antaño.

—¿Cómo andamos de provisiones? —le pregunté a Rasaul, el que había comandado al ejército Átreko en mi ausencia.

—Tenemos para un par semanas a lo sumo, señor.

«Poco. Pero si Nirblin se apresura y los elfos distribuyen la ioradita rápido, podría ser suficiente.»

—¿Y de efectivos?

—Dos mil trescientos dieciocho hombres, señor.

«Fuera aguardan al menos diez mil Nábzangs. A campo abierto nos aniquilarían en un abrir y

cerrar de ojos.»

—Bien.

Me quedé en silencio ante Rasaul, meditando la situación —por otra parte, la esperada—, que no tardó en transferirme sus miedos y dudas.

—Dice que nos trae esperanza, comandante. Pero con todos mis respetos: dígame dónde está, pues no la veo.

Le miré a los ojos y sufrí en los míos la pena que inundaba los suyos.

—He viajado junto al único ser indetectable para el mal, una princesa elfa y el mejor de sus guerreros en busca de esperanza. He empuñado la singular espada capaz de destruir a un Nábzang, usándola incluso para alcanzar el corazón de alguno de ellos, en busca de esperanza. He surcado el cielo y andado por las profundidades del mar para alcanzar el Monte Renacido, en busca de esperanza. He hablado con los magos del Concilio Negro e indagado sobre el paradero del único yacimiento de ioradita, el mineral capaz de acabar con aquello que asola el mundo, en busca de esperanza... —Sonreí al recordar el rostro de Nirblin, el miedo y la bondad unidos en un gesto—. Mas la esperanza reside en un nerz de alma pura. Su misión es localizar la zona que otorgará esa brizna de ilusión que pides.

—¿Y si no logra encontrar el yacimiento?

—Lo hará. Mas de no ser así, bajaré con una espada inútil ahí abajo. —Señalé con el mentón al ejército apostado en la gran llanura—. Y la blandiré contra el enemigo, muriendo como el guerrero que soy.

—Entonces deberíamos preparar la batalla que se avecina —dijo el hombre a mi mando, cuadrándose con ímpetu.

Sus palabras le dibujaron una media sonrisa a mi maltrecho rostro.

—Eso haremos, soldado.

Ioradita

NIRBLIN

«¿Y ahora qué? ¿Cabo con mis propias manos? ¿Y si estoy equivocado y no es el lugar indicado?»

Empecé a deambular sin destino como el hombre que espera el nacimiento de su primer hijo. Me acerqué al saliente y vi las nubes frotarse con la piedra.

«Insólito lugar este —pensé angustiado, al borde de un ataque de ansiedad.»

Miré a izquierda y a derecha observando lo angosto del despeñadero; una barrera natural que parecía no tener fin. Tampoco fui capaz de calcular la altura de aquella «muralla»; las nubes evitaban que mi vista viajara más allá de su blancura.

Como horas antes, me senté a meditar en su linde. E hice lo que me había llevado hasta allí: recordar: «En el vaporoso extremo de una flecha pétrea...»

—¡Estoy justo donde debo estar! —exclamé de pronto, mirando con recelo a mi alrededor.

Localicé un saliente puntiagudo a unos cien metros de distancia. Corrí en su dirección y una vez asomado vi lo que buscaba: un vértice afilado con forma de saeta que sobresalía sobre las nubes: el vaporoso extremo de una flecha pétrea. Giré el rostro y tras de mí, en línea recta, divisé el puente que señalaba con sus cabellos el interior de la tierra.

«De algún modo se ha de poder entrar —pensé al tiempo que, otra vez, me asomaba al barranco.»

Mis ojos se abrieron de par en par: un agujero en la roca.

«¿Y ahora cómo diantres bajo ahí?»

No importaba el cómo, sino el cuándo; pues a mi espalda, un humo denso como la miel se alzaba hacia los cielos presagiando lo peor. Luces amarillas y rojas aparecieron al otro lado de la pradera, incendiándolo todo.

«No... Ahora no. Maldita sea.»

Corrí hacia el puente y le arranqué el más largo de sus «cabellos». Regresé al precipicio y busqué un lugar donde amarrar la enredadera; no lo hallé. Ni un mísero árbol, roca o puente cercano al que asir la improvisada «cuerda». Y no quedaba tiempo. Los Nábzangs se acercaban dejando oscuros surcos sobre la hierba; tras ellos, un mundo en llamas.

No podían detectarme y estaban todavía lejos; pero dos ojos malignos les guiaban.

Desesperado, desenvainé a Thundir y la clavé con todas mis fuerzas donde el terreno se apreciaba más blando. Envolví su negro filo con un pañuelo; no deseaba un inesperado corte que mandara de cabeza mi estampa al vacío.

Con los pies apoyados en el margen y las manos agarradas a la guiadora, dispuesto a emprender el descenso, advertí lo mucho que los Nábzangs habían avanzado; no necesitaban detectar mi alma: ya me veían con sus propios ojos. Los tenía a apenas diez metros de distancia...

No llegaron a tocarme. La enredadera se rompió y caí en dirección a las nubes. Cerré los ojos y pensé mientras «volaba»: «No puedes caer, menudo. No puedes descarriarte.» Y mi mano se aferró al agujero. Nunca entendí cómo pude agarrarme a él.

Ni siquiera alcé la vista en busca de sus llameantes rostros.

Me adentré en la oscuridad como un conejo asustado.

Un hombre de estatura normal no habría caminado erguido. Un túnel que no podía alargarse demasiado —no si el puente de cabellos guiadores había indicado bien—. Y sucedió como confiaba: la angosta galería dio paso a una inmensa caverna de paredes negras y brillantes como el filo de la espada que acababa de dejar atrás. Una «sala» de estalactitas y estalagmitas luminiscente; y eso que allí no entraba luz alguna. La ioradita iluminaba de una forma que nunca logré entender.

Saqué la daga y dudé un instante.

«No se clavaré en el mineral; demasiado duro.»

Mas después de lo vivido, todo parecía posible. Así que «ataqué» al deseado mineral con furia, que permisivo dejó entrar su filo azul.

Y se iluminó.

«Cuando encuentres el yacimiento, clávala en la ioradita y espera», recordé de boca del mago Rainzurl.

Y es lo que hice: esperar.

ÁSTHERON

—No van a acercarse —le dije a Rasaul todavía en las almenas—. Braithru sabe de su ventaja a campo abierto. Además: no han de hacer otra cosa que esperar a matarnos de hambre.

—¿Y qué sugiere, señor?

—Que vengan a por nosotros. Les haremos creer que nos tienen a su merced. Antes de blandir las espadas es imprescindible igualar el nombre de contendientes en cada bando. ¿De qué arsenal disponemos?

—En el patio trasero hay diez catapultas. Tenemos arcos que necesitan flechas con punta de ioradita y espadas que no sirven de nada como ya sabe. Poco más, señor.

—Manda construir una ballesta fija, la más grande que los herreros hayan fabricado nunca. Las fraguas están listas para forjar. Allí se transformará parte de la ioradita en armas, así que... Que extraigan también las empuñaduras de las espadas para aligerar el proceso cuando arribe el mineral. ¡Que se pongan manos a la obra!

—¡A sus órdenes, comandante!

DIEZ DÍAS MÁS TARDE

«Qué volátil eres, esperanza —cavilé en lo alto de las murallas, esperando a los elfos, a esa ioradita que no llegaba—. Hoy pervivimos en la ilusión y mañana en la desdicha. Siete días presentándome aquí cargado de ti, y uno tras otro te has ido esfumando. No vendrán. Nirblin ha sucumbido a los Nábzangs. Y no te culpo. No te culpo, menudo. Demasiada carga para un ser tan..., para un solo ser. Pronto nos veremos en el otro mundo y volveremos a abrazarnos, a reír

juntos. Conocerás a mi mujer y a mi hijo. Y beberemos la pinta prometida.»

Me imaginé solo en la llanura embistiendo al ejército infernal, equipado con mi armadura de acero negro y mi reluciente espada de empuñadura granate. Los Nábzangs, estáticos como una inmensa roca incandescente, me aguardaban. Y tras ellos, en el cielo, perfilado el rostro sonriente de Braithru. Me vi penetrando en las llamas, perdiéndome en su mortalidad.

«Pronto el hambre hará mella en los soldados... İoabdil se tornará un refugio para la desesperación y las lágrimas, la resignación y la muerte de los humanos.»

Uno de los hombres bajo mi mando apostado en la parte trasera de las murallas se acercó apresurado, se detuvo ante mí jadeante y habló:

—Señor, le demandan atrás. Han venido a verle.

Sonrió al tiempo que mi ceño se frunció.

—¿Quién?, si puede saberse.

—La esperanza, señor; la esperanza ha bajado de los cielos.

«Bienvenida seas.»

Suspiré largamente.

NIRBLIN

Tres días metido en aquella caverna; el último, con la única ingesta de agua y un pedazo de pan duro. Mis tripas empezaban a hablar sin cesar, incluso en sueños. Pasaba las horas absorto en la luz que emanaba aquella daga clavada en la ioradita, que incluso otorgaba un reconfortante calor.

Resistí tranquilo. Resultaba extraño, pero no me preocupaba ya la muerte. Había cumplido con mi deber, y ese hecho le aportaba a mi alma un remanso de paz inmenso. Mas por otra parte, sí padecía por la vida de los otros. Fenecer entre aquellas paredes de ioradita no me importaba en absoluto si finalmente el mundo sobrevivía a la invasión Nábzang.

«Si mi hallazgo da sus frutos, quizá con el tiempo se erijan estatuas en nombre del gran Nirblin —divagué al tiempo que sonreía—: el póstumo salvador del mundo.»

Muerto de hambre, escuchando de fondo el sonido exigente de mi estómago, un silbido proveniente del exterior me indicó que ese no sería mi destino. Deshice el camino recorrido hasta la entrada de la gruta y les vi: Airzlin, Úrnasthir y el rey Neërlin en el aire, sonrientes, acompañados por un séquito de elfos; los encargados de extraer el mineral «oculto» en el Valle de Abduil.

ÁSTHERON

Neërlin flotando, seguido de cientos y cientos de elfos tirando de pequeñas carretas repletas de ioradita; para mis ojos, la más hermosa de las estampas.

—Te lo dije, Ástheron —dijo todavía en el aire—. No confundas su silencio con debilidad. Es fuerte, mucho más de lo que crees. —Hizo una reverencia, como si estuviera ante el más valiente de los nerzs—. Y lo ha logrado.

A punto estuve de lagrimear ante el rey. En mi cuerpo se acumulaban demasiadas preocupaciones; muchas de ellas, se acababan de evadir de él.

—¿Un lugar cálido y cómodo donde comunicar las nuevas? —demandó sobre las murallas de İoabdil, portando una armadura dorada con capa roja.

—Sígame, majestad.

En una amplia mesa de piedra me acomodé junto a Neërlin y Rasul, con la intención de planificar la futura contienda. Se encendió un gran fuego, pues las habitaciones del refugio resultaban frías como el beso de una arpía. Inicié la conversación con una pregunta que tiempo llevaba deseando pronunciar, y que ninguno de los presentes esperaba:

—Si habéis sido capaces de traer la ioradita hasta aquí, rey Neërlin, lo sois de salvaguardar a mi gente en Trylbrin, ¿cierto? Creo saber por qué no lo habéis hecho, y ya que vamos a luchar codo con codo, le agradecería me confirmara si acierto con mis corazonadas.

Rasaul tragó saliva; el elfo sonrió levemente, mostrando una pasmosa seguridad. Ni un atisbo de acongoja o vacilación en sus ojos, obsequiados por el tiempo con una sabiduría proverbial.

—¿Crees que los soldados que aguardan fuera lucharán con pundonor si solo lo hacen por sus vidas? —interrogó retórico—. ¿Crees que entregarán hasta la última gota de su sangre si sus seres queridos están a buen recaudo? He combatido en más batallas de las que quiero recordar, Ástheron, y te aseguro que no existe mejor soldado que el que se enfrenta por los suyos. —El rey miró a Rasaul, que permanecía inmóvil, expectante—. No creáis que dejaremos morir a vuestras mujeres e hijos. İoabdil se construyó tras la última alianza entre nuestras razas, hace más de dos mil años: un regalo del elfo para el hombre. Pero habéis de saber, que de perder esta guerra todos caerán. Estar aquí o en Trylbrin solo trasladará la agonía un tiempo. —Erguido sobre su silla calló unos instantes, asemejando ahondar en el pasado; su impoluta coraza, brillando como una estrella fugaz—. Nada de lo hablado ha de escapar de aquí, soldados.

Guardé silencio al igual que Rasaul; uno de esos que otorgan.

—Nirblin, Airzlin, Úrnasthir... ¿Dónde están? —pregunté un tanto preocupado.

—El menudo ha cumplido de sobra; se ha ganado un descanso, ¿no crees?

—Y tanto que sí.

—Úrnasthir y Airzlin organizan las fraguas élficas para que transformen la ioradita sin pausa. En tres días deberían aparecer con tres mil espadas y veinte mil flechas. Aquí, con la ayuda de mis herreros, forjaremos la misma cantidad: tanto como ofrezca la madre naturaleza. Por otra parte, se ha enviado un cargamento semejante del mineral a Khala-Zhalin. Los enanos moldearán hachas que hendirán en los corazones que esperan a las puertas de su ciudad. Allí son menos enemigos y muchos enanos con ganas de bregar. Sabrán apañárselas. —Asentí convencido de ello. Y no pude evitar recordar a Gárgol—. Con tus hombres y los míos alcanzaremos las seis mil unidades. Menor que el número Nábzangs, sí, pero tenemos dos factores a nuestro favor: la inexperiencia de Braithru en batalla y... —me miró con una media sonrisa en su cara—, que cada elfo lucha como cinco hombres.

—Me has dado tiempo más que suficiente para urdir una buena estrategia —bromeé siguiéndole el juego—. Has de saber, que a punto he estado de lanzarme contra el enemigo blandiendo una escoba y un cazo.

El rey asintió en forma de reverencia, encajando bien mi chanza.

—No esperaba menos de ti, comandante del ejército Átreko. Ahora, cuéntame cómo vamos a derrotar al enemigo.

NIRBLIN

TRES DÍAS MÁS TARDE

Una línea de elfos se alargaba sobre la senda que con su magia habían trazado en el cielo, y que les llevaría a Ñoabdil con el armamento. Tres días de arduo trabajo que yo mismo había contemplado con mis propios ojos. Trylbrin se convirtió en un hervidero de elfos, y sus fraguas, en un hervor. La ioradita llegó y la ciudad centró sus esfuerzos en ella. No existía nada más: transformarla en armas para la guerra.

Me recibieron como a un héroe; nunca habían enmarañado tanto mi pelo —algo que, por otra parte, me hacía sentir un joven imberbe—. Yo sonreí uno a uno a todo elfo que se acercó a felicitarme. Estaba feliz, aunque no del todo: Airzlin se negó a que partiera con ellos. «Has cumplido con tu deber, mi valiente amigo. Te has ganado un merecido descanso. El campo de batalla, además, no es lugar para un nerz». Sus palabras, aunque cargadas de buenas intenciones, dolían. Pero cómo negarse a su voz, a sus ojos, a su belleza... A veces creía que disponía su magia contra mí; eso, o su rostro me hechizaba.

El rey partió anteriormente con un cargamento a Khala-Zhalin para dirigirse, tras «soltarlo» en la ciudad enana, con otro a Ñoabdil donde lucharía junto a los hombres.

Todo estaba dispuesto.

El puzle unía sus piezas.

Solo faltaba encajar el fragmento trascendental: la lucha.

Quedaba vivir o morir.

Y fuera lo que fuere que aconteciera, tendría que esperarlo alejado de la batalla.

Guerra

La noche previa a la lucha cené con los seres que más amaba. Y fingí: bromeé, reí, jugué con Tywren y besé a mi esposa entre arrumacos; pero en el interior de mi alma se gestaba una batalla. Todo se traducía en ganar o perder; dispares posibilidades que llevaban a muy distintos caminos: la tierra o el limbo.

Me acosté junto a ellos en una manta tirada en el suelo, e intenté conciliar un sueño que tardó en llegar, y que fue escueto.

Cada soldado empuñaba una espada con hoja de ioradita. Cada arquero contaba con cien flechas en su aljaba. Los accesos al interior del refugio tapiados; los Nábzangs no darían con nuestras familias. La estrategia moldeada en cada mente. Seis mil guerreros ante un elfo y un hombre; Áirzlin y Úrnasthir entre ellos: dos almas que ya reconocía como amigas.

Retrocedí en el tiempo y recordé el final de Ásdrabal y Gárgol, recorriéndome la espalda un escalofrío. No consentiría que fuera en vano, que sus vidas no sirvieran más que para abonar la tierra. El momento de dar sentido a todo se perfilaba en los ojos de la humanidad. Y embargado por una profunda emoción, me dirigí a los soldados reunidos en el patio de la fortaleza:

—Miro atrás y veo muerte —alenté en voz alta con Neërlin a mi derecha—. Miro al frente y veo sangre. Pero lanzo la vista al mañana y veo paz. Y el mañana está a un paso de la muerte. Avanzaremos hacia un nuevo amanecer en un instante y lo haremos por la vida de aquellos que nos la dan. Sin embargo, el fuego quiere arrebatarnos el próximo ocaso. —Me detuve un instante y miré a los ojos de aquellos dispuestos a agonizar: esperanza y recelo; coraje y miedo—. Hagamos de este un día para el recuerdo; hagámoslo leyenda. Que el mismísimo rey Neërlin se estremezca con la valentía del hombre. Que cada elfo sienta orgullo por su semejante; pues aquí, en esta garganta henchida de horror, no existe raza ni origen. Que se hunda la ioradita en los corazones de aquellos que pretenden romper los nuestros. Que silben las flechas y se rompa el metal contra la piedra. Que el sonido del batallar enmudezca la voz que guía al mal desde las sombras.

El silencio enmarcó el ambiente, que no tardó en quebrarlo un grito unísono y ensordecedor de aquel ejército interracial. El rey se adelantó un paso y obsequió a «los suyos» con lo que supuse fue otra alocución animosa —no entendí nada de lo que dijo—. Y tras la última palabra en élfico de Neërlin, se dio por inaugurada la guerra.

—¡A sus puestos! —ordené con el corazón en un puño.

Tres cientos hombres asomaron por las murallas, mostrándole al enemigo sus relucientes espadas de ioradita. En el centro de la extensa línea, el comandante del ejército átreko y el rey de los elfos.

Los Nábzangs no se inmutaron —algo que por otra parte esperábamos—. Su estrategia resultaba de lo más predecible: esperar; lo que sin duda hubiera hecho yo de comandarlos.

El piélagos de engendros se abrió por su centro, bifurcando al ejército mefistofélico. Y de la estría emergió nuestro auténtico adversario: Braithru.

Su voz retumbó en la garganta:

—Morid de hambre o luchad, sucumbiendo de igual modo. No importa el material de vuestras espadas, sois inferiores en número y el enemigo mordaz. El mundo se arrodillará ante el infierno y el superviviente ante Braithru. Sabed que toda raza sufrirá el anidar una tierra que no es suya. Seréis esclavos de un nuevo y único rey.

Ni un solo siseo se escuchó en las murallas.

El cebo se sumergía en el agua y el enemigo a punto estaba de morder el anzuelo.

—¡Que salgan! —grité decidido.

Me trasladé a la parte trasera de Ñoabdil. La puerta por la que accedí al refugio se abrió y cincuenta almas asustadas emergieron en plena llanura: niños, mujeres y ancianos. No podía ser de otro modo.

Un nudo atrapó la saliva en mi garganta.

Volví al lado de Neërlin. Le miré de soslayo y vi la firmeza en su rostro.

—¡Abrid el portón de entrada! —ordené por tercera vez desde el inicio de la contienda.

La voz del mal resonó de nuevo:

—¿Creéis que os dejaré escapar? ¿Creéis que descubriendo la puerta delantera os fugaréis por la trasera? Sé que los accesos interiores han sido tapiados. No les mandaré a las entrañas del refugio: lanzaré a mis siervos a por carne. —Nos señaló desde la lejanía—. ¡Atacad a los que huyen! ¡Rastread sus almas y mandadlas al averno!

—¿Preparado, amigo? —susurró el rey mientras un mar de Nábzangs arremetía contra nosotros.

—Nadie está preparado.

Les dejamos alcanzar los laterales del refugio.

—¡Catapultas! ¡Arqueros! ¡Ballesta!

Me dejé la voz en aquellas tres palabras. Y todo lo oculto relució. Los arcos se alzaron al igual que las rocas y las flechas más colosales que nadie hubiera visto jamás. La gran ballesta se colocó ante la puerta principal, lanzando puntas que partían en dos al enemigo, llenando el ambiente del polvo que dejaban al perecer. Los arqueros fustigaban y las catapultas ralentizaban el avance de los engendros hacia la llanura tras la fortificación; una sinfonía de muerte y vida bien afinada.

Corrí, llegando a punto para contemplar cómo Áirzlin, Úrnasthir y cinco de los mejores magos elfos envolvían con su magia lo que perseguía el mal: cincuenta almas en forma de señuelo. «Benditos rezos élficos», pensé.

Los engendros golpearon las esferas de luz con saña, invadidos por una demencia asesina sin igual, amontonándose a su alrededor. Y las flechas, mezcladas en piedra, masacraron al invasor.

La voz de Braithru penetró en nuestros oídos como un punzón:

—¡Volved, malditos! ¡Replegaos a mi espalda!

Neërlin se personó, emergiendo como un fantasma por mi derecha.

—Caen como el agua en una cascada —musitó entretanto contemplaba la llanura inmersa en un humo rojo y volátil—. Los números se igualan poco a poco... —Me golpeó la espalda condescendiente—. Resulta hermoso contemplar cómo una flecha del tamaño de un tronco ara un campo de fuego, parte la piedra en dos desparramándola por doquier, dejando un surco donde replantar nueva vida... No sé cómo voy a pagarte semejante placer.

—Ya se me ocurrirá algo, majestad. Antes démosle el golpe de gracia a Braithru.

El mal inició un obligado repliegue; no permitiríamos que lo finalizara. Los arcos, las catapultas y la ballesta perdían efectividad poco a poco. Hora de empuñar espadas.

—¡Guerra! —grité con todas mis fuerzas.

—¡Hilyala arinyéva vinya ré, shály nost! —vociferó Neëjlin.

Y la llanura se engalanó de caos.

El olor a Nábzang claudicando y a piel quemada se entremezcló con cada estocada, adentrándose en mis fosas nasales hasta alcanzar las entrañas, impregnándolas de rabia. Juntos, hombre y elfo morían; juntos, hombre y elfo acariciaban la gloria. Rebané piernas y mandé a volar decenas de cabezas ardientes, y más corazones atravesé con mi espada. Cada vez menos llamas y más vida en la garganta.

Busqué a Braithru entre la muchedumbre y le encontré alejado. Vi al rey Neëjlin atacarle, y cómo un cuervo enorme clavaba sus afiladas zarpas en los hombros del hechicero, que no pareció sentir dolor, apartándolo de la muerte, mas no de la derrota. Algunos resurgidos huyeron tras su amo; la gran mayoría siguió rastreando almas, tornándose ese humo rojo que ambientaba el campo de batalla.

Al poco solo quedaron hombres y elfos, cuerpos carbonizados y la victoria; y ni una sola gota de sangre enemiga.

Abracé a cada hombre que se cruzó en mi camino. La emoción embargaba cada rostro, cada pupila; mas en lo profundo de aquellas almas, siempre quedaría el triste poso de la batalla. Demasiadas muertes, demasiados hijos sin padre, demasiadas mujeres sin marido..., demasiadas pérdidas.

De vuelta al refugio, en busca de mi mujer e hijo, Neëjlin se acercó por mi espalda.

—Ha sido un honor combatir a tu lado, comandante del ejército Átreko. Tienes en el elfo a un amigo.

—Lo mismo digo, majestad: el hombre siempre estará en deuda con tu raza.

El rey asintió y me entregó un sincero abrazo.

Justo tras desunirse nuestros cuerpos, un cuervo se posó en su hombro derecho con un mensaje en una de sus patas. Lo leyó en voz alta:

—Nosotros ya hemos terminado. Espero que no os hayáis dejado vencer por un atajo de piedras incandescentes. A propósito: gracias por la ioradita, nos ha sido de gran ayuda.

Por primera vez escuché la risa de Neëjlin.

—Estos enanos... —murmuró sonriente.

—Hasta pronto —espero—, rey de los elfos —sentencié apresurado, con tremendas ganas de abrazar a los míos.

—Hasta más ver, Ástheron.

Le hice una última reverencia. No volví a verle hasta pasado mucho tiempo.

En las puertas de İobdil encontré a Airzlin y a Úrnasthir en actitud amorosa. Les observé en la lejanía y sus siluetas, unidas, me revelaron una verdad que había escapado a mi entendimiento hasta ese mismo instante: Úrnasthir era él, quien vi en la visión que me concedió Drénaen en el Monte del Óbito: el amor imposible de ella.

«En las más inhóspitas situaciones, lo imposible se torna real.»

Disimularon al verme, separándose el uno del otro.

—Parece ser que nuestros caminos se bifurcan de nuevo —les dije alegre.

—Nunca —musitó él—. Siempre estarán unidos.

—Siempre —sentenció Áirzlin, mostrando un brillo inigualable en sus ojos.

Les dejé atrás y dirigí mis pasos a la sala donde aguardaba mi familia y la de tantos otros soldados.

Y entre sus paredes se originó una refriega bien distinta a la recién concluida: una contienda de amor y gozo.

Paz

Cuatro meses más tarde

—¿Sabemos dónde está? —preguntó Airzlin.

—Seguro que nos apañamos —dije convencido—. Si hemos sido capaces de salvar al mundo, lo seremos de encontrar a un menudo, ¿no?

—Supongo que sí —musitó Úrnasthir muy pegado a ella. Airzlin asintió alzando las cejas, mirándole con ojos de enamorada.

La primera vez que visitaba un poblado nerz. Y he de admitirlo: resultó realmente gratificante. Una larga «calle» en el centro de un bosque de altos y robustos árboles, con copas acondicionadas para albergar casitas de madera a juego con el color marrón, verde y rojo de sus hojas que, como sus habitantes, irradiaban sosiego y tranquilidad. Pegados en esos mismos troncos, incluso dentro de ellos, comercios con cantinas, fruterías, puestos de flores...

Los nerzs nos saludaban como si fuéramos uno más en su acogedora aldea; y sabíamos que no acostumbraban a ver de los «nuestros» por el lugar.

«Seres de alma pura —cavilé sintiéndome muy relajado.»

—¿Creéis que saben lo ocurrido? —pregunté ante un puesto de hortalizas.

—Apuesto a que no —aventuró Airzlin—. Creo que Nirblin se siente a gusto alejado de la «notoriedad»; forma parte de su naturaleza.

«Cierto.»

—De lo más curioso —musitó Úrnasthir reflexivo—: el nerz más célebre de la historia, un anónimo en su tierra.

Las palabras del elfo se quedaron en el aire.

Me dirigí al tendero, que mientras faenaba, con disimulo, había escuchado nuestra conversación. Se me daba bien detectar a los «espías».

«Que tengan alma pura no exime que sean cotillas, ¿no? —cavilé ufano, sonriendo ante mis propios pensamientos.»

—Buenos días, caballero —saludé vigoroso—. ¿Podría decirnos dónde encontrar a un nerz llamado Nirblin?

—Buenos días, señor. Sí, claro, Nirblin... Pues..., hace diez minutos ha pasado por aquí dirección al norte, y es sabido que frecuenta la cantina de Piper el Gordo. —Torció el cuello hacia la derecha—. Todo recto.

—Gracias, caballero.

No había vuelto a verle desde el Monte Renacido, desde su partida en busca del yacimiento, desde que inició el viaje más importante de su vida y la de todos los habitantes de Theralia.

Y estábamos de nuevo dos elfos y un humano. Solo faltaba el nerz para completar el cuarteto que marchó de Trylbrin en busca de ioradita. Pero no podía olvidar a los que, por desgracia, no degustaron el fruto del sacrificio: Gárgol y Ásdrabal. Cuatro partieron de Átreka en busca de la verdad y cuatro coronaron su destino; mas no los mismos que inauguraron la aventura vieron su fin.

«Sus muertes dieron la vida a muchos otros.

»No creo que se arrepientan desde el otro mundo.»

Las indicaciones del verdulero nos emplazaron donde encontrar a Nirblin. Nos dispusimos a entrar en la cantina de Piper ‘el gordo’, que en realidad se llamaba El Tronco Bebedor. Y justo cuando me dispuse a empujar su puerta, se abrió, apareciendo el menudo que buscábamos.

Sus ojos se abrieron como nubes tras una intensa tormenta; su boca no les fue a la zaga.

—Por favor, no me digáis que algún mal azota de nuevo al mundo —dijo demasiado sonriente como para hablar en serio—. ¿Qué hacéis aquí?!

—Prometí pagar la primera pinta, ¿recuerdas?

Se lanzó como un chiquillo a nuestros brazos, y algo penetró en mi espíritu como una daga empapada en recuerdos: me vi partiendo de Átreka junto a los malogrados Ásdrabal y Gárgol; ante Drénaen en el Monte del Óbito; escapando de los Nábzangs ladera abajo tras la debacle en Erzíofre; entrando en la posada El Sorbo Eterno... Reviví el periplo que enlazó nuestras almas para siempre.

Y entonces lo entendí:

«Solo tú me has acompañado desde el principio, Nirblin.»

EPÍLOGO

Setas de pie claro y sombrero rojo sobre una capa de fina hierba; árboles coronados con guirnaldas verdes y escarlata; musgo asemejando vestir con faldas las bases de los troncos; tierra del color de la avellana, de la castaña... Sin duda, un buen lugar donde ocultarse de la venganza.

El sonido de la naturaleza se superponía a cualquier cosa. Obvio que aquel pedazo de bosque no había cobijado nunca a un Nábzang. Pocos quedaban ya tras la intensiva caza que sufrieron al concluir las batallas de Īoabdil y Khala-Zhalin. Y los que todavía resistían, no dilatarían demasiado su existencia. Un viaje de tres días a mis espaldas y ni rastro de ellos: buena señal.

Seguía un rastro que costó años localizar. Y al fin, ante mí, la cabaña que consumaba la búsqueda. De madera oscura y techo piramidal, coronado por una espigada chimenea que expulsaba humo blanco.

Una armadura de piel gruesa que los elfos aseguraban mermaba el efecto negativo de la magia; Thundir en mi brazo derecho —recompensa del rey Neërjlin por mis servicios—; tres dagas bien sujetas en mi cinto; una alforja repleta de alimentos que no pasarían de la puerta que escondía al mal; enormes ganas de zanjar cuentas pendientes y volver al hogar...: lo que tenía, lo que creí necesario para obtener el éxito.

Mi última misión; al menos en lo referente a los Nábzangs.

Abrí el portón de una patada, sobresaltándolo. Le encontré ante un caldero humeante, ¿cocinando?, vistiendo una túnica negra de amplia capucha. No tardó en sopesar la situación, en entender quién acababa de irrumpir como un vendaval en su morada. Nos miramos un ínfimo instante y le atacé sin dilación. Repelió la embestida con un movimiento circular de sus brazos, con una honda de fuerza que me lanzó por los aires. Mas, antes incluso de golpear mi espalda la pared, una de mis dagas ya había partido de mi cinto —no hay nada como previsualizar una pelea antes de gestarla—, clavándose en su hombro izquierdo. Gritó de dolor, contratando con su brazo indemne. Una bola de fuego surgió de su mano derecha, sacudiéndome el pecho. Pero mi mágica indumentaria, como prometió el rey elfo, absorbió el poder maligno del conjuro; y como también garantizó, no volvería a hacerlo. Me lancé contra el hechicero como si no hubiera un mañana, con toda la rabia que sus actos pasados almacenaron en mi alma, y le aticé un puñetazo en el mentón, mandándolo de bruces contra el suelo. Le dejé ponderar las circunstancias, degustar lo que apunto estaba de ocurrir; que experimentara el miedo que hizo sentir a tantos.

Alcé a Thundir y pronuncié las últimas palabras que escucharía:

—De tu hermano desde el infierno.